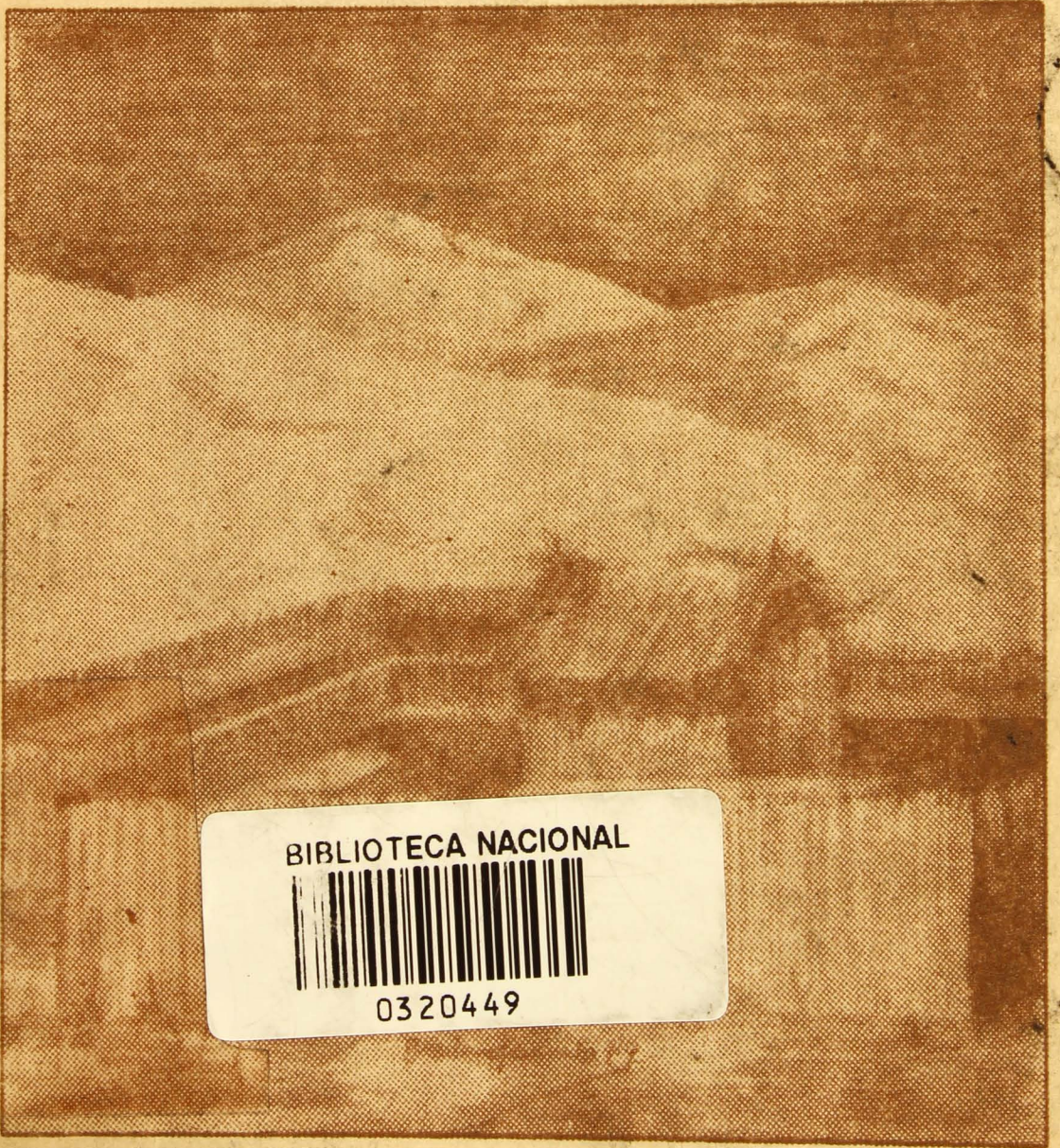


MARÍA ASUNCIÓN REQUENA

# TEATRO

Ayayema - Fuerte Bulnes  
Chiloé, Cielos Cubiertos



BIBLIOTECA NACIONAL



0320449

biblioteca popular nacimiento

# FUERTE BULNES

## PERSONAJES

AMBROSIO  
COLONO PRIMERO (CUINA)  
COLONO SEGUNDO  
COLONO TERCERO  
FRAY DOMINGO  
CAPITÁN WILLIAMS  
GOBERNADOR, D. PEDRO SILVA  
UN COLONO  
OTRO COLONO  
IGNACIA  
VENANCIA  
DON LUIS  
BENAMINA  
REMIGIO  
ONAHE  
SEBASTIÁN  
EL COMPADRE

BENITO  
JUANA  
MUJER PRIMERA (CARMELA)  
MUJER SEGUNDA  
MUJER TERCERA  
MUJER CUARTA  
TENIENTE GONZÁLEZ  
GOBERNADOR SANTOS MARDONES  
CACIQUE SANTOS CENTURIÓN  
PRIMER COLONO REBELDE  
SEGUNDO COLONO REBELDE  
COLONA REBELDE  
14 COLONOS, ARTILLEROS E INDIOS

## ACTO PRIMERO

*Sitio que, en el Fuerte, hace las veces de plaza pública. Hay un grupo de colonos reunidos. Murmullo de conversaciones agitadas.*

AMBROSIO.—Cállense, por favor. Cállense... Escúchenme.

COLONO 1º—Habla de una vez, Ambrosio. Tú nos pediste que nos reuniéramos aquí, porque tenías algo muy importante que proponernos. Pero hasta el momento no has dicho nada.

AMBROSIO.—Esperaba que estuvieran todos.

COLONO 2º—Con los que aquí estamos, basta. (*Murmillos*).

AMBROSIO.—¡No! No basta. Es algo que a todos interesa y tiene que haber acuerdo.

COLONO 1º—¡Ambrosio! El clima de estas tierras no es el de Santiago. Si no terminas de una vez, el frío nos va a matar a todos.

TODOS.—Sí, sí. Que hable. ¿De qué se trata?...

AMBROSIO.—A eso voy... Compañeros: todos nosotros, todos los que llegamos aquí hace dos años a colonizar estas tierras de Magallanes, sabemos muy bien en qué condiciones se nos hizo venir. Cuando nos reclutaron para embarcarnos en la goleta Ancud, y venir a fundar la colonia del Fuerte Bulnes, se nos dijo que nos traerían a unas tierras llenas de riquezas. Nos ofrecieron un nuevo Chañarcillo. Nos pedían el sacrificio de fundar una colonia, de levantarlo todo con nuestras propias manos y, a cambio de ello, nos ofrecían una tierra en la que íbamos a hacer fortuna. Nos decían que íbamos a encontrar oro, carbón y muchos minerales. Y en vez de eso, ¿qué hemos encontrado?... Barro y nieve. Viento y frío... Eso es todo lo que hemos encontrado... La colonia está viniéndose al suelo. Y las cosas no pueden seguir así...

COLONO 1º—¿Y eso es lo que querías decirnos?... Ya sabíamos que al venir a colonizar el Estrecho de Magallanes, no veníamos a un sarao. (*Murmullos agitados*).

COLONO 3º—Silencio. Déjenlo continuar. Tal vez tenga una solución.

COLONO 2º—Si la solución está en abandonar el Fuerte, en abandonar el Estrecho de Magallanes y en perder esta avanzada que hemos ganado para Chile, les advierto que yo no estaré de acuerdo... Yo sé que estas tierras son bravas; yo sé que aquí todo es difícil y que hay que vérselas con el hambre, con el frío y hasta con la muerte. Yo sé que muchos,

antes que nosotros, han tratado de colonizar estas tierras. En este mismo lugar en que estamos, sin ir más lejos, los españoles fundaron hace tres siglos una colonia. ¿Han olvidado cómo se llamó esa colonia? ¿Con qué nombre se la recuerda? ... Con el nombre de Puerto del Hambre, porque todos los que la formaron dejaron sus huesos en estos mismos terrenos. Y así como sé eso, sé muchas otras cosas tremendas que han pasado en estas regiones ... Lo sabía mucho antes de venir aquí. Y, sin embargo, he aceptado gustoso los sacrificios que hemos tenido que afrontar ... Pero no quiero que estos sacrificios sean inútiles.

AMBROSIO.—Si te mueres de hambre y de frío, como murieron los colonos españoles, tu sacrificio será tan inútil como el de ellos.

COLONO 2º—Ahora hay adelantos que no conocieron los españoles y que nos pueden hacer triunfar donde ellos fracasaron. Hay barcos a vapor. Los sabios han estudiado estas tierras y, sobre todo, tenemos un gobierno propio, un gobierno nacional que nos apoyará siempre.

AMBROSIO.—No es mucho lo que nos apoya, a juzgar por la situación en que estamos. (*Murmullos*).

COLONO 1º—Bueno, basta ya de alegatos y dínos de una vez qué nos propones.

AMBROSIO.—El Capitán Williams no nos veía desde que nos trajo aquí por primera vez, desde que nos dejó instalados en este Fuerte Bulnes. Ahora ha regresado con nuevos colonos, y nadie le ha dicho la

verdad sobre las miserias que estamos pasando. Vamos todos a hablar con él y digámosle francamente lo que pasa.

UNOS.—Sí, sí. Claro. Vamos.

OTROS.—No. No. Jamás. Sería una cobardía. ¿Qué sacaríamos?

AMBROSIO.—Tenemos que decírselo, para que sepan que no estamos viviendo en el Paraíso. Para que nos manden más víveres, más socorros. Para que se ocupen más de nosotros. Tenemos que hacernos oír. De lo contrario, el gobierno del General Bulnes...

COLONO 2º—El gobierno del General Bulnes hace lo que puede por nosotros. Los problemas en estos momentos son muy grandes y no es propio ir a llorarle calamidades por lo que está sucediendo en este último rincón del mundo. Cuando aceptamos venir, en el momento mismo en que pusimos pie en la goleta Ancud, y aún antes, cuando tuvimos que construirla con nuestras propias manos, sabíamos a lo que veníamos. Sería ridículo ahora llorar miserias. Yo no iré. Anda tú, si quieres, y que vayan contigo todos los que quieran darse por vencidos.

AMBROSIO.—¡Estúpido! No se trata de darse por vencidos. Se trata de encontrar mejores condiciones para esta vida de perros en que nos tienen.

COLONO 2º—Es inútil. No iré. Yo he venido aquí a trabajar por algo muy serio y que llevo muy adentro y no para andar gimoteando como una señorita. (*Murmullos agitados*).

COLONO 1º.—Eso no es propio de hombres como nosotros.

AMBROSIO.—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? Soy tan hombre como tú, infeliz, y ahora mismo voy a probártelo.

*(Avanza para golpear al colono primero. Gran baullo de todos los que tratan de detener a los dos contendores. Entra Fray Domingo).*

F. DOMINGO.—¿Qué es esto? ¿Qué pasa aquí? ¡Silencio!... ¿Por qué tanto alboroto? ¿Un motín?... ¡No faltaba más! Precisamente ahora, que está de paso entre nosotros el capitán Williams.

AMBROSIO.—Justamente, se trataba de eso, Fray Domingo.

F. DOMINGO.—¡Silencio, he dicho!... Ya sé que desde hace tiempo a ti te andan dando vueltas en la cabeza ideas revoltosas y que quieres hacer el redentor. Pues bien, yo te digo que el capitán Williams debe irse de aquí sin una sospecha de lo que estamos sufriendo realmente. Si un informe oficial como el que él podría dar, hace saber en Santiago o en Ancud nuestra verdadera situación, prendería el desaliento entre nuestros compatriotas, y eso acarrearía el desinterés por la colonización del Estrecho, significaría la ruina definitiva de esta empresa que Dios nos ha deparado para ennoblecer nuestras vidas.

AMBROSIO.—Esas son palabras bonitas no más, Padre.



Usted sabe muy bien que aquí no hemos venido a hacer de misioneros, sino a crear una colonia a cambio de una riqueza que nos dijeron que encontraríamos. ¿Dónde están esas riquezas?

F. DOMINGO.—Eres un mercader, Ambrosio. Un mercader más despreciable que los que Cristo expulsó del templo, y merecerías que también a ti te expulsáramos a latigazos de esta colonia...

AMBROSIO.—¡Fray Domingo! ¡Esas cosas no se le pueden decir a un hombre como yo!

F. DOMINGO.—Condúctete, entonces, como el hombre que realmente eres... ¿Te acuerdas de lo que pasó en la goleta Ancud cuando veníamos a fundar este fuerte? ¿Te acuerdas del terrible temporal que estuvo a punto de echarnos a pique a mitad de camino? A estas horas nosotros deberíamos estar en el fondo del mar, y el Fuerte Bulnes en la mente de Dios y en los buenos deseos de los hombres, si no hubiera ocurrido entonces un hecho milagroso: siete de los nuestros, encabezados por don Bernardo Philippi, regresaron a San Carlos de Ancud en una chalupa, y luego volvieron con los auxilios necesarios. Siete hombres, Ambrosio, sólo siete hombres en una miserable chalupa abierta, atravesando más de 150 millas de ida y vuelta, en medio de un mar enfurecido... Todo esto te lo digo porque tú estabas entre esos siete hombres, y para recordarte que esas cosas no se hacen sólo por la mezquina esperanza de conquistar una pequeña fortuna. Esas

cosas se hacen cuando hay una fe y una misión que cumplir.

AMBROSIO.—Sí, Padre, tiene usted razón. Pero yo no estoy renegando. Sólo estoy aspirando a condiciones mejores.

F. DOMINGO.—¿Condiciones mejores? De acuerdo. Siempre que ellas no signifiquen la ruina de la colonia. Estamos aquí no para ganar fortunas, sino para dar testimonio de que Chile es dueño de estas tierras de Magallanes. De lo contrario, bien pronto habrá otros países que querrán apoderarse de ellas. Dios y nuestra Patria nos han encomendado esta misión maravillosa, y debemos tener fe en que sabremos cumplirla. Pensar de otra manera es pensar como un hereje y como un cobarde. Y tú no eres ni un hereje ni un cobarde. Lo probaste el día en que te embarcaste en aquella chalupa.

AMBROSIO.—Padre, yo...

F. DOMINGO.—No me digas nada. Sé que estás ofuscado. Sé también que continuarás regañando, porque eres un rebelde. Pero Dios iluminará tu espíritu con impulsos generosos, como los que tuviste entonces... Y ahora, silencio. Ahí viene el capitán Williams con el nuevo Gobernador. El primero que se queje tendrá que vérselas conmigo, ¿entendido?... Y, como quien canta su mal espanta, vamos a recibirlos cantándoles el "Himno a la Bandera".

*(Cantan todos el "Himno a la Bandera", de don*

*José Zapiola. Entra el capitán Williams, seguido del Gobernador don Pedro Silva).*

WILLIAMS.—¡Bravo! ¡Bravo! Así me gusta. Esta colonia con su espíritu siempre en alto, tal como el día en que llegamos aquí. Nada era capaz de echar una sombra sobre su espíritu: ni los temporales de la travesía, ni el peligro de los indios, ni las dificultades de tener que vérselas con extranjeros que tenían los ojos puestos en estas tierras. ¿Se acuerda usted, Fray Domingo, que al día siguiente de llegar nosotros aquí, atracó a estas costas un barco francés y que sus marinos bajaron a tierra plantando banderas, como si esta tierra hubiera sido la tierra de nadie?

F. DOMINGO.—¿Cómo no he de acordarme, capitán? Si hasta hay unos versos que escribió uno de los nuestros sobre aquel suceso. Todavía andan por ahí de boca en boca.

WILLIAMS.—¡Es verdad! ¡Ahora lo recuerdo! ¿Y no está aquí el poeta para que se los recite a nuestro nuevo Gobernador? ...

UN COLONO.—No está, capitán. Es un artillero que está de guardia en estos momentos. Pero la Ignacia se los sabe de memoria.

WILLIAMS.—Que los diga, entonces.

OTRO COLONO.—Ya, Ignacia. “Hácele” el gusto al señor Gobernador.

IGNACIA.—¡Ay, no! ¿Cómo se le ocurre?

VENANCIA.—¿Y qué tiene, tonta?

IGNACIA.—Tengo vergüenza.

VENANCIA.—No te vayan a comer, niña por Dios.

UN COLONO.—Mírenla, pues. Tan rogá que la han de ver.

D. PEDRO SILVA.—Ignacia, ¿me va usted a negar ese gusto?

F. DOMINGO.—¿No ves cómo te lo están pidiendo Ignacia? Yo sé que este artillero poeta se pondrá muy horondo si sabe que tú has declamado sus versos...

IGNACIA.—Bueno, por ser para su merced, los voy a decir. Pero no vayan a hacer mofa de mí, ¿ah?

WILLIAMS.—Ya, dílos dé una vez.

IGNACIA.—Día 21 de Septiembre  
como a las doce del día...

¡Pero no ve cómo se está riéndose la Venancia. No los digo naa mejor!

UN COLONO.—Si lo hace de pura nerviosa no más, tonta. No le hagas caso.

IGNACIA.—Si se vuelve para el otro lado los digo. Si no, no.

F. DOMINGO.—Ya Venancia, vuélvete para el otro lado.

*(Venancia se vuelve de espaldas e Ignacia comienza a recitar nuevamente).*

IGNACIA.—

Día 21 de Septiembre  
como a las doce del día  
llegamos a Magallanes.  
fondeamos en la bahía.

Pronto saltamos en tierra  
con alegría y valor  
con las armas bien cargadas  
bien atacado el cañón,  
haciendo una salva real  
plantamos el pabellón.

Y pusimos la bandera  
bien armados y valientes  
todos a voces decimos  
viva nuestro Presidente.

Al otro día siguiente  
llegó un buque de vapor  
con mucha tripulación.  
Barca bien armada en guerra  
pronto saltaron en tierra  
pusieron su pabellón.

Dijo nuestro Comandante  
con ligereza y valor  
voy a mandarle un oficio  
porque sé mi obligación.  
Llévele Ud. al Comandante  
le dijo al Embajador.  
El pronto le contestó  
yo lo hice por ignorancia  
si esta tierra está por Chile  
yo llevaré el parte a Francia.

Todos formamos en alas  
nuestros jefes adelante  
viva el pabellón chileno  
viva nuestro Comandante.

Todo el piquete decía  
que viva nuestra opinión  
que no nos falte el valor  
sigamos nuestras porfías.  
A fusil y bayoneta  
todos rendimos la vida.

Venga cualquiera nación  
el enemigo que quiera.  
Que yo a todos le doy guerra  
y siempre estamos a gusto  
decimos todos por junto.  
Que viva nuestra bandera.

Aunque somos poquititos  
las armas nos dan valor  
tengo buena munición  
para formar en batalla  
paquetes a diez cartuchos  
buenos tarros de metralla.

Tenemos un buen castillo  
y una buena fortaleza  
dándole fuego a la pieza  
estamos bien atrincherados

se rompe el fuego graneado  
al ruido de las cadenas  
damos las últimas descargas  
viva la nación chilena...

Todos.—Bravo. Muy bien. Mírenla, etc.

F. DOMINGO.—Gobernador, ¿por qué no les dice algunas palabras a los colonos? Ellos están deseosos de saber por boca suya las novedades que usted trae.

Todos.—Sí, que hable, etc.

PEDRO SILVA.—Amigos míos, la mejor novedad que puedo contarles es que la goleta Ancud, la misma que los trajo aquí por primera vez hace dos años, ha venido ahora cargada de provisiones para ustedes. Sabemos muy bien cómo es la vida aquí, y adivinamos que las cosas son peores de lo que nosotros pensamos. Ahora mismo estoy viendo delante de mí caras escuálidas y ropas casi raídas. Ustedes me han recibido con cantos, con poesías y con risas. Pero detrás de todo eso hay algo que yo presiento, y es preciso que hablemos con franqueza. Díganme, ¿es esto demasiado duro para ustedes? Díganmelo... Díganmelo, y lo sabrá todo Chile... ¿Es demasiado duro? (*Pausa. Silencio expectante*). La goleta regresará mañana a Ancud. ¿Hay alguien que quiera volver en ella?

F. DOMINGO.—¿No han oído la pregunta del señor Gobernador? A aquellos que se sientan desilusionados, que se sientan cansados o... derrotados, el capitán les ofrece la oportunidad de regresar maña-

na. ¿Hay alguno que quiera hacerlo? ... Tú, Ambrosio, parece que quisieras decir algo. (*Silencio*).

AMBROSIO.—No tengo nada que decir.

F. DOMINGO.—No, señor Gobernador. Nadie quiere regresar. En esta colonia no hay derrotados. Nuestra fe, nuestro orgullo de chilenos, han levantado una muralla en torno a este Fuerte, y todos sabemos que el primero que huya a través de esta muralla, será para Chile la señal de que el Fuerte Bulnes ha fracasado. Y nadie en el Fuerte querrá ser la señal de un fracaso. Nadie... ¿No es verdad, hermanos?

TODOS.—Sí, sí. Nadie.

PEDRO SILVA.—Gracias, amigos.

TODOS.—Viva el señor Gobernador. Viva el Fuerte Bulnes. Viva la nación chilena. Viva el capitán Williams.

WILLIAMS.—Gracias, gracias amigos... Esto es lo que soñó don Bernardo O'Higgins. Antes de emprender este viaje, tuve en mis manos las cartas que él le escribió al Presidente Bulnes. En todas ellas está patente su fe en Magallanes. No se lee en ellas otra palabra: Magallanes, Magallanes, Magallanes. El sueño de sus últimos días en Montalván fue venir a colonizar Magallanes en cuanto su salud se lo permitiera. Y todo el mundo sabe que cuando murió, hace dos años, su última palabra fue: "Magallanes"... Ese fue su último sueño, y ustedes son la realización de ese sueño. Por eso, ¿qué importan las penurias actuales?... Siempre habrá una



manera de salir adelante. Por ahora, ahí en la bahía, está anclada la goleta con provisiones para los próximos meses. Entre tanto, el Gobierno estudiará los medios para regularizar los suministros. Lo que nunca debe faltar es la fe. La fe y la esperanza... Y ahora vámonos a descansar, que mañana habrá mucho que hacer para descargar de esa goleta las provisiones. Buenas noches, amigos. ¡Y viva el Fuerte Bulnes!

Todos.—¡Viva! (*Se retiran*).

(*Calle. Aparecen Fray Domingo, el Capitán Williams y don Pedro Silva*).

WILLIAMS.—Y ahora que estamos solos; Fray Domingo, díganos a don Pedro y a mí, cuál es la verdadera situación de la colonia.

F. DOMINGO.—El mismo don Pedro dijo hace un momento, capitán, que no es difícil darse cuenta de la verdadera situación.

WILLIAMS.—Sí, pero ¿hay “algo” más?

F. DOMINGO.—Bueno... las cosechas no prosperan. La tierra es estéril o bien el viento arrasa con los sembrados. Hasta ahora parece que no podremos vivir sino de lo que nos envíen desde allá. Por eso el anuncio de ese cargamento que está en la goleta ha causado tanta impresión... Pero yo creo que con paciencia y con fe...

WILLIAMS.—Fray Domingo, no me oculte nada. Le prometo que yo no diré allá una palabra que per-

judique a la colonia. Pero necesito saber la verdad.

F. DOMINGO.—Existe la sensación de que el emplazamiento de la colonia ha sido mal elegido.

WILLIAMS.—¿Cómo?

F. DOMINGO.—En esto no hay una crítica para usted, capitán. Usted tiene sus puntos de vista y los respetamos. Pero si el Fuerte Bulnes hubiera sido emplazado un poco más hacia el Atlántico, en la Punta Arenosa, tendríamos tierras más feraces y hasta minas de carbón, y eso es muy importante. Yo no sé hasta qué punto podré seguir predicándoles el desinterés a estos hombres si ellos saben que están luchando contra una tierra estéril, mientras a pocos kilómetros hay minas que pueden hacerlos ricos a corto palzo. Los bienes de este mundo son tentadores.

WILLIAMS.—¿El Fuerte... en la Punta Arenosa? No, no. Imposible. Aquí hay abundancia de agua dulce y de madera. Además estamos emplazados sobre un promontorio y eso es muy importante para defenderse de los indios en casos de ataque.

F. DOMINGO.—Son sus puntos de vista, capitán, y ya le he dicho que se los respetamos. Por lo demás, fue una franqueza mía hablarle de esto. En Santiago no deben saber nada de estas divergencias. Haría peligrar nuestra colonia. Y en lo que a mí respecta, mi tarea de evangelizar a los indios, lo mismo puedo llevarla a cabo estando instalado aquí en Punta Arenosa.

PEDRO SILVA.—A propósito de los indios, ¿no causan muchas molestias?

F. DOMINGO.—De hecho, no muchas, aparte del peligro que significa tenerlos como vecinos.

PEDRO SILVA.—Mi propósito es entablar con ellos una política de apaciguamiento. Si no me equivoco, los tehuelches tienen como jefe al cacique Huisel.

F. DOMINGO.—Sí, pero quien los representa verdaderamente frente a nosotros es el cacique Santos Centurión.

PEDRO SILVA.—¿Santos Centurión?

WILLIAMS.—¿No es un mestizo o un blanco renegado que nació en Montevideo y que después anduvo peleando junto a José Miguel Carrera en las pampas?

F. DOMINGO.—El mismo. Parece que se vino a estas tierras huyendo de alguna historia turbia, y aquí se ha convertido en una especie de cacique, representante de los indios. Con él es más fácil entenderse, por tratarse de un blanco. Pero tiene también toda la astucia de los indios y sabe sacar buen partido de todo. Mucho me temo que nos esté haciendo un doble juego. Le recomiendo tener mucho cuidado con él, don Pedro.

PEDRO SILVA.—¿Y qué vida lleva?

F. DOMINGO.—La de los tehuelches. Hizo vida marital con una india y tuvo una hija que ahora es una hermosa muchacha. El la llama Onahe, pero yo la he bautizado con el nombre de Javiera Carrera. No he tenido mucho éxito; todo el mundo sigue

llamándola Onahe. Me temo que su evangelización, con semejante padre, será un trabajo muy largo. Además, tengo que estar alerta con ella, porque como es muy bonita, los sentimientos que despierta en algunos de nuestros mocetones no son, precisamente, de los más cristianos.

PEDRO SILVA.—¡Qué difícil tarea la suya, padre!

F. DOMINGO.—Muy difícil... y muy hermosa, muy hermosa. Pero no me remueva ese tema que podríamos quedarnos aquí hablando hasta mañana, y eso suele no ser saludable en estas latitudes. Hasta la vista, don Pedro.

PEDRO SILVA.—Hasta luego, padre.

F. DOMINGO.—¿Viene usted conmigo, capitán?

WILLIAMS.—No, padre. Antes de retirarme quiero ir a la playa para echar un vistazo a la goleta. Me da mucha alegría mirarla y pensar que en ella está la tranquilidad material de esta colonia para varios meses... Hasta mañana, Fray Domingo.

F. DOMINGO.—Hasta mañana, capitán. (*Se van*).

*(Casa de Remigio y Benamina. Entran don Luis, Remigio y Ambrosio. En escena está Benamina terminando de adornar una torta).*

DON LUIS.—Buenas tardes, Benamina.

BENAMINA.—¡Don Luis, dichosos los ojos! ¿Y a qué se debe el gusto de tenerlos por esta casa?

DON LUIS.—Veníamos acompañando a su marido y aprovechamos de pasar a saludarla.

BENAMINA.—Muy bien pensado, pues... Tomen asiento. Y a usted, Ambrosio, ¿se le ha helado la lengua, que no saluda?

REMIGIO.—Déjalo, mujer. Está amurrado porque le bajaron el moño en la reunión.

AMBROSIO.—A mí nadie me baja el moño, ¿entiendes? Y no aguanto que...

DON LUIS.—Bueno, Ambrosio. Basta, basta. No sigan con las discusiones. Hemos venido a pasar un rato agradable con la Benamina y no nos vamos a poner a pelear aquí.

BENAMINA.—Lo que pasa, Ambrosio, es que usted no ha podido pescarle el paso a esto del Fuerte Bulnes. Míreme a mí: una mujer esperando un hijo. Y aquí estoy, ¡tan feliz!... Yo podría estar cómodamente sentada en mi pueblo, esperando mi niño. Nada me faltaba. Yo tenía mi azúcar, mi yerba, mis huevos, mis gallinitas, de un todo. Pero un día le oí decir unas cosas tan bonitas al capitán Williams sobre sus tierras que iban a colonizar, que poco a poco me fui entusiasmando y terminé entusiasmando a éste también.

REMIGIO.—Y aquí estamos.

BENAMINA.—Sí, pues; aquí estamos. Y bien felices. Y yo, bien contenta de ser la primera chilena que va a tener familia en estas tierras, la fundadora de la primera familia magallánica. ¿No es para estar orgullosa, dígame usted?

DON LUIS.—Muy orgullosa, Benamina. Usted será el símbolo de la fertilidad en esta tierra.

BENAMINA.—¿El qué?

DON LUIS.—Nada. No importa... Bueno... ¿Y se puede saber qué está haciendo?

BENAMINA.—Hágase el leso, nomás... ¿No ve que estoy terminando de adornar una torta?

REMIGIO.—Muy bien hecho. Así tendremos con qué festejar a los invitados.

AMBROSIO.—No se molesten. Yo ya me voy y creo que don Luis...

REMIGIO.—No faltaba más. La Benamina...

BENAMINA.—Oigan, no se hagan tantos cumplidos con mi torta, que no es para ustedes. Este engaño lo he preparado para el capitán Williams.

REMIGIO.—¿Qué?

BENAMINA.—Para el capitán Williams. Por valiente y animoso y por permitir que yo llegara a esta tierra de Magallanes a tener mi primer hijo.

AMBROSIO.—Yo no sé si su hijo va a estar tan agradecido del capitán Williams, como usted, Benamina... A lo mejor no le gusta nada venir a nacer entre tanta nieve y tanto barro.

BENAMINA.—Le gustará. Y si no, aquí estaré yo para enseñárselo, para enseñarle a ser feliz en la tierra que lo ha visto nacer. Y usted hace muy mal. Ambrosio, en decirme esas cosas amargas. Yo tengo mi ilusión. Déjeme con ella... Puede, que sea una tontería, pero yo me siento una mujer feliz. Sé que este hijo será una bendición para todos. Puede que algún día tengamos una buena ciudad con calles,

con plazas, con árboles y hasta con hospitales y escuelas. El nos traerá todo eso...

DON LUIS.—Sí, Benamina. El nos traerá todo eso. Tranquilícese; a Ambrosio lo que le pasa, es que anda de mal humor y no sabe contra quién carga.

AMBROSIO.—Sí, Benamina. Discúlpeme. No quise ofenderla.

BENAMINA.—Lo que pasa a Ambrosio es que está enojado conmigo porque no le doy torta. Pero no se les dé nada. Mañana, en cuanto bajen las nuevas provisiones de la goleta, me voy a conseguir un poco de harina y con unos huevos de avestruz que me ha prometido la indiecita de Santos Centurión, les voy a hacer una torta de chuparse los dedos... Y ahora me voy antes que me coman ésta. Será hasta luego, pues... Hay que ver lo feliz que va a estar el capitán Williams. (*Sale*).

DON LUIS.—¡Qué mujer tan magnífica tienes, Remigio!

REMIGIO.—Es muy buena mujer. Ojalá no tenga dificultades con el nacimiento del niño. ¡Está tan esperanzada!

AMBROSIO.—¡Esperanzada! ¡Esperanzada! ya estoy hasta la coronilla de oír hablar de esperanzas, de ilusiones y de fe. El curita no sabe otra cosa: la esperanza y la fe, la fe y la esperanza y la fe. ¡Cómo si pudiéramos vivir de esperanza y de fe!

DON LUIS.—¿Ya vas a empezar otra vez?

AMBROSIO.—Déjeme que me desahogue, don Luis... Yo, allá en mi pueblo, tenía mis terrenitos y cuando echaba la semilla a los surcos, sabía lo que era

esperanza, porque de ahí iban a salir unas espigas que daba gloria mirarlas . . . Pero aquí, cuando echo la semilla a la tierra, se me figura que la estoy quemando, porque de ella no va a salir nada, nada. ¿Y así quieren ustedes que tenga esperanza . . . ? ¿Esperanza de qué . . . ? ¡Ciudades, casas, hospitales, escuelas . . . ! ¡Patillas . . . ! Aquí no seremos nunca más que un caserío de tablas podridas, con nosotros como monigotes adentro, para que los santiaguinos puedan darse el lujo de decir que tienen posesiones junto al Estrecho de Magallanes . . . Y me voy, porque si no voy a decir más de algo desagradable. Buenas noches. (*Sale bruscamente*).

DON LUIS.—¡Ah, qué muchacho!

REMIGIO.—Lo que yo me pregunto es por qué no se va si está tan a disgusto.

DON LUIS.—Por lo mismo que no te vas tú, ni me voy yo, Remigio . . . Porque esta tierra pesca. Este es uno de esos rincones del mundo de donde es muy difícil salir. Y aunque estés lejos de él, siempre hay algo que te tiene amarrado. Ya verás que de todo esto sale algo grande . . . Bueno, ya es tiempo también que yo me vaya. Mañana tenemos que ocuparnos temprano de revisar las trampas. Buenas noches, Remigio.

REMIGIO.—Buenas noches, don Luis. (*Sale don Luis. Desde afuera agrega*).

DON LUIS.—Allá parece que viene la Benamina.



REMIGIO.—Voy a salirle al encuentro. No vaya a tropezar por el camino... (*De lejos*). Buenas noches.

DON LUIS.—Buenas...

(*Desaparecen los dos. Calle. Aparecen Sebastián y don Luis, cada uno por un costado*).

DON LUIS.—¡Vaya! ¡Tú por aquí, Sebastián! ¿Qué hace un sargento de nuestra guarnición a estas horas de Dios por estos andurriales?

SEBASTIÁN.—Andaba tomando un poco de aire, don Luis. Estuve toda la tarde de guardia y salí a ventearme un poco.

DON LUIS.—Oye, ¿y no andarás rondando a ver si te encuentras con cierta indiecita?

SEBASTIÁN.—¿Con una indiecita?

DON LUIS.—Sí, no te hagas el leso. Con Onahe, la hija de Santos Centurión. Te vi el otro día conversando con ella en el comedor de tropa. Ten cuidado, ¿eh?

SEBASTIÁN.—No, don Luis, si eran puras conversaciones no más. ¡Cómo se le ocurre que yo...!

DON LUIS.—Te lo digo por si acaso. No sea cosa que te vayas a entusiasmar... Cuidado, con ésa Sebastián. Santos Centurión no te lo perdonaría jamás. Si te gustan las indias, más vale que pienses en otra. No queremos enredos con los indios. Además, tengo entendido que su padre la tiene prometida al cacique Huisel.

SEBASTIÁN.—Centurión no es un indio. No querrá dársela a ese caciquillo borracho.

DON LUIS.—Santos Centurión vive demasiado tiempo entre ellos, y a veces piensa como tal. Y es un cacique, no lo olvides. El más fuerte de todos.

SEBASTIÁN.—No se inquiete, don Luis. En primer lugar, no estoy esperando a Onahe. En segundo lugar, no somos más que amigos. Y en tercer lugar, si llega a haber algo entre nosotros, ya veremos lo que pasa.

DON LUIS.—Cuidado, cuidado. Más vale que te retires temprano, como yo. Buenas noches, Sebastián.

SEBASTIÁN.—Buenas noches, don Luis.

DON LUIS.—Parece que se va a levantar viento, ¿no?

SEBASTIÁN.—No creo.

DON LUIS.—Yo no estaría tan seguro. De repente, llega el diablo y sopla.

*(Se va don Luis. Sebastián lo mira alejarse y, cuando está a punto de retirarse también, aparece Onahe).*

ONAHE.—¡Pst! ¡Pst!

SEBASTIÁN.—¡Onahe...! Ya me habían dicho que rondabas por aquí de noche. Y vine para saber si era cierto... ¿No sabes que está prohibido?

ONAHE.—¿Qué quiere decir “prohibido”?

SEBASTIÁN.—Onahe, ¿qué haces aquí?

ONAHE.—Escondida.

SEBASTIÁN.—¿Algún colono te perseguía? *(Onahe niega con la cabeza)*. ¿Andas huyendo de alguien?... ¿De algún indio? *(Onahe afirma)*. ¿Huisel?

ONAHE.—Mátalo. Tengo flechas en el bosque. Huisel corre mucho, como los zorros. No puedo matarlo.

SEBASTIÁN.—¿Estás loca...? La que moriría serías tú.

ONAHE.—Quiero matarlo.

SEBASTIÁN.—Tu padre te tiene prometida a Huisel. Si no te casas con él, te matará.

ONAHE.—Quiero matarlo.

SEBASTIÁN.—¿No sería mejor que fueras su mujer?

ONAHE.—¿Onahe... su mujer?

SEBASTIÁN.—Sí. Tú. Fray Domingo bendeciría tu matrimonio.

ONAHE.—Entonces... ¿no quieres matarlo?

SEBASTIÁN.—¿Estás loca...? ¿Y por qué precisamente yo?

ONAHE.—Te vi en el bosque cazar huanacos.

SEBASTIÁN.—Eres una imprudente. Pude haberte herido sin saber dónde te escondías.

ONAHE.—Te vi botar árboles de seis hachazos.

SEBASTIÁN.—¿Así que me espías?

ONAHE.—Te vi montar el caballo del cacique.

SEBASTIÁN.—Tu padre.

ONAHE.—Cacique.

SEBASTIÁN.—Es tu padre. No debes llamarlo así.

ONAHE.—Cacique.

SEBASTIÁN.—Bueno, cacique... Pero no creas que voy a ponerme a matar a cuanto indio se te antoje... Y ahora tienes que irte. Yo te llevaré fuera de la empalizada. ¿Cómo pudiste entrar sin que te viera el centinela?

ONAHE.—Entré temprano.

SEBASTIÁN.—Pero de todos modos tenías que haber dado alguna razón para entrar.

ONAHE.—Dije que traía cosas para Fray Domingo.

SEBASTIÁN.—¿Y se las entregaste?

ONAHE.—No era para Fray Domingo. Era para Sebastián.

SEBASTIÁN.—¿Para mí?

ONAHE.—Sí. Es esto.

SEBASTIÁN.—¿Qué cosa?

ONAHE.—Adorno de Huisel. Quiero que sea de Sebastián.

SEBASTIÁN.—¿De Huisel? ¿Se lo robaste?

ONAHE.—Sí. Quiero que sea de Sebastián.

SEBASTIÁN.—Pero, ¿no te ha enseñado Fray Domingo que es malo robar?

ONAHE.—Me gustó. Era para Sebastián.

SEBASTIÁN.—Es muy bonito, Onahe... Un adorno muy bonito, y... y... bueno, no sé qué decirte... Gracias.

ONAHE.—¿Lo vas a matar?

SEBASTIÁN.—¿Matar? ¿Matar a quién?

ONAHE.—A Huisel.

SEBASTIÁN.—¡Ah! Se me había... Pero, ¿por qué lo odias tanto?

ONAHE.—Huisel es un zorro. Me llevará lejos de aquí. Mátalo.

SEBASTIÁN.—¿Sabes que no me gustaría ser tu enemigo?

ONAHE.—Nunca enemigos. Fray Domingo... la colonia... tú, siempre aquí. (*Apoya las manos sobre su pecho*).

SEBASTIÁN.—Eres muy bonita, Onahe.

ONAHE.—¿Qué es “bonita”?

SEBASTIÁN.—Tú eres bonita.

ONAHE.—Yo india... Yo no bonita.

SEBASTIÁN.—Eres india... y eres bonita al mismo tiempo.

ONAHE.—A veces, cacique dice que Onahe india; y a veces, mala india.

SEBASTIÁN.—Tú no eres mala... Tú eres bonita... Onahe...

ONAHE.—¿Bonita?

SEBASTIÁN.—Sí, Onahe... Onahe, yo quisiera decirte muchas cosas, decirte que... decirte que... ¿Cómo se dice en tu idioma eso que yo quiero decirte?

ONAHE.—¿Decirme qué? (*Pausa*).

SEBASTIÁN.—¡Onahe!

ONAHE.—¿Sebastián? (*Se besan. Comienza a soplar un viento que luego se hace huracanado*). Quiero vivir contigo... Siempre.

SEBASTIÁN.—Vivirás conmigo.

ONAHE.—Y tú, ¿cazarás por mí en el bosque?

SEBASTIÁN.—Sí. Cazaré por ti en el bosque.

ONAHE.—¿Buscarás el agua?

SEBASTIÁN.—Buscaré el agua.

ONAHE.—¿Y matarás por mí?

SEBASTIÁN.—Sí... Mataré por ti... Onahe... (*Vuelven a besarse. El ventarrón ha arreciado. Se oyen campanas y voces. Tumulto*). Huye, huye, por aquí. Ven mañana, a esta hora.

VOCES.—Socorro. Apurarse. Todo está perdido. Todavía es tiempo de salvarla, etc.

(*Aparecen hombres y mujeres corriendo por todas partes*).

SEBASTIÁN (*a un artillero*).—¿Qué pasa, artillero?

ARTILLERO (*haciendo sonar una campana de mano*).—

La goleta ha cortado tres amarras. Está a punto de irse al garete. El viento la está empujando.

SEBASTIÁN.—Avisa al capitán Williams y al gobernador inmediatamente. (*Sale*).

ARTILLERO.—A su orden, mi sargento. (*Sale*).

(*Aparecen, por costados opuestos, Ambrosio y Fray Domingo*).

F. DOMINGO.—Y tú, Ambrosio, ¿por qué no corres también a salvar la goleta?

AMBROSIO.—Que se pierda. Que se la lleve el viento. Así reventaremos todos de una vez y se acabarán las esperanzas.

F. DOMINGO.—¡Ambrosio! Tú no puedes hacer eso. Tú no eres un cobarde.

(*Aparece Benamina*).

BENAMINA.—Fray Domingo, Fray Domingo, tienen que salvar la goleta. Tienen que salvarla. Si no, mi hijito se morirá de hambre. Yo no quiero que mi hiji-

to se muera de hambre antes de nacer, Fray Domingo.

F. DOMINGO (*a Ambrosio*).—¿Ves? Ese hijo no es una esperanza. Ese hijo es una realidad. Tienes que ayudar a salvarlo.

BENAMINA.—¿Qué? ¿Que tú no quieres ir...? Pero, ¿qué laya de hombre eres tú? ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Eres un cobarde!

(*Benamina se abalanza sobre él, le abofetea el rostro y cae llorando al suelo. Aparece el capitán Williams, y, por otro lado, Sebastián y un grupo de artilleros*).

WILLIAMS.—Calma, calma, amigos. La tempestad no se llevará nuestras provisiones. Una tempestad no puede vencer al capitán Williams ni doblega a los valientes colonos del Fuerte Bulnes... Necesito voluntarios... Hay que salir en botes y traer esa goleta, aunque nos vaya en ello la vida.

AMBROSIO.—Yo iré, capitán. Y tú, Sebastián, conmigo. ¿Dónde está don Luis?

SEBASTIÁN.—En el embarcadero, buscando la cuerda.

F. DOMINGO.—Voy con ustedes.

(*Salen. El capitán Williams se dirige a los artilleros*).

WILLIAMS.—Ustedes, vengan conmigo.

(*Salen. Un grupo de mujeres ha rodeado a Benamina, y, arrodillándose, se han puesto a rezar*).

MUJERES.—Dios te salve, María, llena eres de Gracia, etc.

(*Pasan hombres corriendo*).

UNO.—Si se hunde la goleta estamos perdidos.

OTRO.—Más valdría tirarse de cabeza al mar que quedarse aquí a morir de hambre.

UN TERCERO.—Ustedes, menos conversación, ¡y adelante!

LAS MUJERES.—... Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, etc.

## TELÓN

### ACTO SEGUNDO

*Lugar público en el Fuerte. Pasan colonos y artilleros. Algunos se detienen a conversar.*

COLONO 1º.—¿Para cuándo estarán listas las nuevas bodegas, Benito?

BENITO.—Dicen que las quieren tener para un mes más.

COLONO 1º.—¡Serán fantasiosos! ¿Y para qué querrán tener bodegas si no hay nada que guardar en ellas...? Y lo poco y nada que hay, están comiéndoselo los ratones.



BENITO.—Parece que van a empezar a mandarnos remesas de provisiones más seguido que antes. El otro día le oí decir al gobernador que habían destinado el queche “Magallanes” para el servicio de aprovisionamiento del Fuerte.

COLONO 1º—Yo ya no les creo nada. Parece que las remesas no las mandaran sino cuando se acuerdan. Y todavía: las mandan en unos buquecitos que al primer soplido quedan tambaleándose. ¿Qué pasó la otra vez? Si no andamos tan listos, se va la goleta “Ancud” al garete, y ahí quedamos nosotros muriéndonos de hambre.

BENITO.—Si no es por Ambrosio, no había quedado ni uno de nosotros para contar la historia. Cierto es que las órdenes eran del capitán Williams, pero él se portó como un lobo de mar, maniobró como Dios de bien.

COLONO 1º—¡Tan raro que se ha puesto Ambrosio! Nunca ha sido muy impulsivo; pero cuando recién llegamos era trabajador como él solo. Y le ponía pasión al trabajo. Pero ahora parece que todo lo hace por pura obligación. Parece que todo le enfada.

BENITO.—El otro día me dijeron que quiere hacer lo mismo que Santos Centurión: irse con los indios y convertirse en un cacique blanco.

COLONO 1º—¡Cuidado, que ahí viene!

*(Siguen hablando en voz baja. Entran Ambrosio y Fray Domingo).*

F. DOMINGO.—Pero eso no está bien, hijo mío. Con esa actitud te vas a conquistar muchas enemistades. Tú ya te habrás dado cuenta de que los colonos están comenzando a murmurar de ti.

AMBROSIO.—Que murmuren. Me da lo mismo.

F. DOMINGO.—No puede darte lo mismo. Aquí todos debemos ser como una sola familia. Más ahora que tenemos encima esta plaga última de ratones... Y, ahora que lo digo, voy a aprovechar estas horas de luz para ir a matar unas cuantas ratas más.

AMBROSIO.—No, padre. Ya ha matado bastantes. Basta por hoy.

F. DOMINGO.—¡Basta por hoy!, he aquí una frase que no debemos pronunciar jamás.

AMBROSIO.—Sí, padre. Ya sé que usted es de los que dicen: “Ayúdate, que Dios te ayudará”.

F. DOMINGO.—Ya bastante nos ayuda, Ambrosio. No nos deja un momento libre. Sería peligroso pensar demasiado en esta nuestra soledad...

AMBROSIO.—¡Muy peligroso, padre...!

*(Aparecen Sebastián y don Luis).*

DON LUIS.—¡Sebastián! ¡Sebastián! Esto no puede ser. Antes eras un muchacho optimista, animoso, un verdadero soldado. Pero ahora no te cuidas nada de ocultar tu decepción. Eso no puede ser. Acuérdate que por sobre todo, eres un soldado de la República.

SEBASTIÁN.—¡Y qué importa ya todo eso! Recuerdo la

tarde en que desembarcamos aquí, después de ese viaje en el que todos creíamos que íbamos a irnos al infierno. Fue el 21 de septiembre de 1843. ¡Qué alegría la nuestra! Estábamos en Puerto del Hambre. Pero ese nombre nada nos decía. No era ni siquiera un presagio. Nos sentíamos fuertes, y capaces de las más difíciles empresas. Hundimos los clavos en las maderas y fuimos levantando nuestras casitas, nuestras miserables casitas.

DON LUIS.—¿Y, ahora, estás arrepentido?

SEBASTIÁN.—Usted sabe, don Luis, lo que fue plantar aquella bandera en la playa. ¡Qué ilusión! ¡Qué tremenda ilusión!... Pero usted, sabe también, cómo los clavos fueron enmoheciéndose; cómo el bosque nos rechazó y cómo el agua fue escondiéndose cada vez más dentro de la tierra. Se apagaron los gritos alegres y la bandera se desmadejó. La humedad, el hambre, la soledad, se nos fueron metiendo hasta en los huesos... Y de ahí ya no se van más...

DON LUIS.—Pero nosotros tenemos que resistir, Sebastián. Debemos sostener nuestra soberanía pese a todo. Aún se escuchan los gritos de nuestros soldados en Rancagua. Ellos dieron su vida por una causa. Démosla nosotros por ésta, si es preciso.

SEBASTIÁN.—Si a O'Higgins no se le ocurre morir pensando en Magallanes, a otros les hubiera tocado la fiesta. En mala hora nacimos.

DON LUIS.—Da gracias al cielo de que soy yo quién te

está escuchando. De otro modo, ese arrebató podría costarte caro.

SEBASTIÁN.—Sí, don Luis. Perdóneme. Ya ni sé lo que digo. Hablemos de otra cosa, será mejor.

DON LUIS.—¿De la plaga de ratas, para variar? ...

*(Siguen conversando en voz baja mientras continúa el diálogo de Fray Domingo con Ambrosio).*

AMBROSIO.—¿Cómo sigue el hijo de Benamina?

F. DOMINGO.—Mal, muy mal, hijo. He dado órdenes de que si pasa algo malo, me avisen con tres campanadas.

AMBROSIO.—¿Tan grave es?

F. DOMINGO.—Gravísimo. Una vez me tocó atender un caso semejante, al interior de San Carlos de Ancud. No tuvo salvación.

AMBROSIO.—¡Y así me decía usted hace dos años, cuando el niño iba a nacer, que lo de Benamina no era una esperanza, sino una realidad! ¡Ahí tiene usted ahora esa realidad: un pobre inocente agonizando!

F. DOMINGO.—Los designios de Dios son insondables.

AMBROSIO.—Muchas veces me digo que esa vez no debí mover ni un dedo para salvar la goleta. Debimos dejarla que se fuera, y luego, que todos nos pudriéramos de hambre. ¿Para qué nos sirvió? Para afrontar el invierno más crudo que ha conocido ningún cristiano, para que ahora nos veamos tapados de ratas. Se comen lo poco y nada que hemos logrado cosechar y conservar, y un angelito, que

ninguna culpa ha tenido de venir a caer en este infierno, está agonizando... ¡Y todavía me pregunta usted por qué ando siempre como enojado con los demás!... Esa es la razón, Padre. Estamos hasta la coronilla de calamidades. Pero todos dicen: "Es la voluntad de Dios", y nadie hace nada. Mientras tanto, Dios nos hace saltar a chinchorrazos.

F. DOMINGO.—¿Y qué quieres que hagamos?

AMBROSIO.—Que nos pongamos los pantalones de una vez por todas. Antes, cuando teníamos a don Pedro Silva de Gobernador, nos quejábamos porque él era tirano y nos regateaba las raciones. Pero, por lo menos, se preocupó de la colonia y logró que los indios nos dejaran en paz, aunque fuera en apariencias. Pero éste que tenemos ahora, don Justo de la Rivera, no sirve para nada. Vive achacoso y no sabe otra que llorar calamidades, en lugar de tomar una determinación.

F. DOMINGO.—¿Pero qué determinación quieres que tome?

AMBROSIO.—La que todo el mundo sabe que hay que tomar y nadie se atreve a decir: que nos mudemos a la Punta Arenosa. Allá las tierras son fértiles y están más al abrigo... En cambio aquí... ¡Maldita tierra!... Todos los animales se murieron, y el niño de la Benamina está agonizando porque no pudo tener su leche. Sembramos trigo, no madura. Sembramos hortaliza... cuidamos cada plantita como si fuera oro... las salvamos de la última escarcha... ¿y qué pasa? Tienen que venir las ratas

y comérselo todo. Ya no hay lugar donde no aparezca la peste... Más nos hubiera valido aquella noche que se hubiera ido al diablo la goleta. Estaríamos ahora en el infierno y, al menos, tendríamos los huesos bien limpios... ¡Ah! ¡Pero, eso sí! Si pasa un barco extranjero, nos abrigan, nos limpian, nos dejan relucientes como espejos. Y al estómago se le pone doble cerrojo. No debe sospecharse el estado miserable en que vivimos. ¡No!

*(Benito, que después de despedirse de colono 1º se ha quedado solo, se acerca a Fray Domingo y Ambrosio, y tercia en la conversación).*

BENITO.—¡Ambrosio tiene toda la razón!

F. DOMINGO.—Y a usted, ¿quién le ha dado velas en este entierro?

BENITO.—Mi estómago, Padre; a cada rato me dice que tengo hambre. Y mis espaldas, las tengo molidas de tanto matar ratas.

*(Se acerca Sebastián al grupo).*

F. DOMINGO.—¡Dios te ha mandado esta misión, y debieras estar feliz con ella, en vez de quejarte porque no tienes el estómago lleno!

BENITO.—Para eso estoy en Chile: para quejarme. Y para eso tenemos libertad: para quejarnos cuando se nos dé la gana.

SEBASTIÁN.—Tienes razón. Tenemos derecho a exigir...

DON LUIS.—¡Sebastián! ¡Tú eres un soldado! ¡Tú no puedes!

AMBROSIO.—¡Y aunque lo sea! ¡Antes que nada es...!

DON LUIS.—¡Silencio...! ¿Con qué derecho hablan ustedes de Chile y de la libertad, si no están dispuestos a sacrificarse, justamente por esa Patria y esos ideales que ahora están invocando? ... ¿Se han olvidado de que los ingleses, no hace mucho, tomaron posesión de las islas Malvinas? ... ¿No recuerdan que mientras nosotros llegábamos aquí el gobierno francés acordaba la colonización del Estrecho de Magallanes? ... ¿No saben que muchos países, vecinos y lejanos, tienen sus ojos puestos en estas regiones? ... Piensen en todo eso, “señores”; piensen que nuestra soberanía es mucho más importante que nuestro pellejo y que nuestros estómagos, y después vengan a hablar de Chile y de la libertad. Y yo les advierto que llegará un día en que no faltará quien pretenda disputar a Chile su derecho a estas tierras. Y ese día Chile deberá poder exhibir nuestros huesos como testimonio de algo que legítimamente le pertenece... Buenas noches, “señores”.

*(Don Luis se va rápidamente. Ruido de viento. Los demás se retiran cabizbajos, salvo Fray Domingo, que cae de rodillas).*

F. DOMINGO.—Dios mío, dales la paz. Ilumina sus co-

razones. Dales fuerzas para resistir, porque no saben lo que están haciendo...

*(Mutación. Aparecen Remigio y su compadre).*

COMPADRE.—Alléguese para acá, compadre, que debajo de este alerito vamos a estar al abrigo del frío. Aquí, con una pitadita y con esta vihuela, tendremos que saber capearle a la pena y al hielo.

REMIGIO.—¡Ay, compadre, con todo esto que pasa, a mí ya me da lo mismo estar en cualquiera parte!

COMPADRE.—A usted le dará lo mismo, pero no a la comadre. ¿Usted cree que a ella no le hace peor verlo en la casa con esa facha de ánima “espirituá” que a usted se le ha puesto?

REMIGIO.—¿Y qué quiere que le haga yo, compadre, por el amor de Dios? Si veo a esa pobre Benamina... y se me corta el resuello de verla sufrir tanto... Si está de Dios que la criatura se muera, ¡bueno, qué le vamos a hacer!... ¡Pero ella! ¡Ella, que era tan animosa..., ahí la tiene usted ahora, hecha un estropajo!

COMPADRE.—¿Y de dónde han sacado que el niño se va a morir? ¡Psch! ¡No faltaba más...! El niño se va a mejorar, y la comadre Benamina va a volver a ser la misma de antes, y a usted se le va a pasar ahora mismito esa cara de pepa de zapallo con que anda... ¡Miren pué!... ¡Qué se atreva a asormarse la “pelá” por Fuerte Bulnes! ¡En cuanto no más se asome, le echamos todos los ratones



a la siga... y a ver si se vuelve a aparecer por aquí!... ¿Usted cree que es llegar y morirse, no más?...

REMIGIO.—¡Compadre!... Eso me lo dice usted para levantarme el ánimo, pero esto ya no tiene remedio... Y lo peor es este remordimiento que a mí me ha entrado. Yo no debí haber permitido nunca que nos viniéramos aquí. En Chiloé éramos tan felices con lo poco y nada que teníamos. Pero a la Benaminá se le puso venir a conocer tierras nuevas y a tener su niño en estos descampados. Y como yo nunca he sabido otra que darle en el gusto, agaché la cabeza, y aquí estamos jodidos.

COMPADRE.—Eso es para que en lo futuro no sea tan como le dijera yo, y para que aprenda que las mujeres no sirven más que para meterlo a uno en líos. Y para que no se le olvide, póngale oreja a ésta.

*(Canta una canción. Al terminar la canción, aparece Venancia corriendo, e interrumpe).*

VENANCIA.—¡Remigio! ¡Remigio!

REMIGIO.—¡Qué pasa!

VENANCIA.—¡Venga, Remigio, corra, que parece que el niño se ha empeorado y la Benamina está desvariando como loca!

REMIGIO.—¡No! ¡Yo no voy! No me atrevo a mirarla a la cara.

VENANCIA.—¡Remigio!

REMIGIO.—¿Pero no me entienden?... ¡Yo tengo la

culpa! ¡Yo tengo la culpa! Debí haberme negado a tiempo. ¡Yo tengo la culpa!

COMPADRE.—¡Compadre! ¿Qué es eso? ¡Pórtese como un hombre! (*Lo sacude*).

REMIGIO.—Sí... No es nada... Ya voy.

(*Salen los tres. En la plaza salen, don Luis por un lado, llevando un garrote y con aire de cansancio, y Ambrosio por otro lado*).

AMBROSIO.—¿Y de dónde viene, don Luis, con ese aire de cansado?

DON LUIS.—¿De dónde quieres que venga, pues, hombre? De matar ratas. ¿No me ves el garrote?

AMBROSIO.—Buen dar con el trabajito que nos ha caído encima, ¿no?

DON LUIS.—El otro día le oí decir al Gobernador que había mandado un despacho a Santiago dando cuenta que, hasta el momento, se habían matado más de once mil ratas.

AMBROSIO.—¡No me digas! ¿Serán tantas?

DON LUIS.—¿Qué menos pueden ser? Si ya vamos para tres meses en este juegucito, y si vamos a ver, en estos tres meses no hemos hecho otra cosa que matar ratas.

(*Se oyen dentro unos gritos de mujer*).

JUANA (*adentro*).—¡Ay. Cuina, por Dios, no me peguís tan fuerte! ¡Ayayaycito, por Dios! ¡Hazlo por tu

mamita linda, Cuina! ¡No me peguís! (*Sigue el alboroto dentro*).

AMBROSIO.—¿Qué pasa?

DON LUIS.—Debe ser ese loco de Juan Antonio Cuina, el herrero, que está dándole otra paliza a su mujer.

(*Sale Juana perseguida por su marido, el colono 1º. Algunos colonos y mujeres se han agrupado atraídos por los gritos, y siguen la escena con curiosidad*).

JUANA.—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Favorézcanme, que este hombre me va a matar! ¡Don Luisito lindo, dígame que no me pegue más!

COLONO 1º.—¡Sinvergüenza! ¡Descarriada! ¿Creís que porque estai en Fuerte Bulnes vai a hacer todas las porquerías que se te antojen?

DON LUIS.—¿Qué es eso, Juan Antonio? ¿Cuándo vas a aprender a respetar a tu mujer?

COLONO 1º.—Que respete ella primero... ¡Mírenla, pues! En cuanto le quito los ojos de encima, se larga para el lado del cuartel a rondar. ¿Tú creís que no me doy cuenta a lo que vay, arrastrá?... ¡Pero que te pille otra vez por allá, y te muelo a palos, igual que a las ratas!...

JUANA.—Lo que te pasa a vos, es que andai enrabiado porque te tienen aquí en Fuerte Bulnes, y por eso me levantai calumnia, pa' desahogarte conmigo. Si soi tan hombre, ¿por qué no vai a levantarle la voz al Gobernador?

COLONO 1º.—¿Qué estai diciendo? ¡Vai a ver!

*(Ambrosio toma al colono por un brazo y trata de retenerlo. Don Luis trata de amparar y, luego, de retener a Juana).*

AMBROSIO.—¡Ya Cuina, déjate de leseras!

JUANA.—Ya, pu, pégame si soi tan valiente... ¡Miren el precioso! ¿Te habís olvidao que este Gobernador ordenó que los casados tuvieran ración simple, igual que los solteros?

DON LUIS.—¡Sosiego, Juana!

JUANA.—¡Déjeme que le cante las verdades a este príncipe!... ¿Y por qué creís que vos soy el colono mejor alimentado, ah?... Porque yo me consigo raciones suple con los soldados... Por eso ando rondando por el cuartel, y por eso me llevo a sonrisitas con los soldados. Y si no fuera así ya nos habíamos muerto de hambre.

COLONO 1º.—¡Grandísima!...

JUANA.—¿Y vos qué soi, entonces, c...?

COLONO 1º.—¡Eso sí que no te lo aguanto!

*(Se zafa de Ambrosio y se abalanza sobre ella con gran alboroto de todo el mundo).*

TODOS.—Sepárenlos. La va a matar. Llamen al Gobernador. ¡Socorro!

*(Ambrosio logra separar al colono y de un puñetazo lo tumba en el suelo).*

COLONO 1º.—¿Y a vos, qué te está pasando?

AMBROSIO.—Eso es para que aprendas a ser persona decente.

JUANA (*interponiéndose entre Ambrosio y su marido*).

—¿Y a usted quién le ha dado derecho pa' meterse en este lío? (*Pasa junto a su marido para ayudarlo a levantarse*).

AMBROSIO.—¡Vos te callai!...

JUANA.—Y no me callo, pu'.

AMBROSIO.—¿Pero no vis...?

JUANA.—Y pa' eso es mi marío. Pa' pegarme. Si Cuina me pega, es porque es mi marío, pu'. ¡No faltaba más! ¡Venir a meterse el lindo donde naide lo ha llamao!... ¿Y por qué no ocupai las manos en matar ratas en vez de andar de valentón?

DON LUIS.—¡Basta, Juana!

JUANA.—Y usté...

DON LUIS.—¡Silencio, he dicho!... Ustedes dos son la vergüenza de la colonia. Todo el mundo aquí es testigo del mal ejemplo que están dando.

JUANA.—¡Pero, don Luis! ¿No ve que...?

DON LUIS.—¡A callar!... Que no vuelva a haber otro alboroto como éste. Si tienen hambre, se la aguantan, y si tienen conflictos, se los callan. Aquí estamos para algo más grande, y cuando hay algo importante que hacer, no es posible que cada cual ande convirtiéndose en un infierno para los demás.

JUANA.—Es que...

DON LUIS.—¡Suficiente!... Y sepan de una vez que si siguen estos líos, yo mismo voy a pedirle al Gober-

nador que los mande a Chiloé, o que los deposite a las islas vecinas.

*(El compadre entra corriendo).*

COMPADRE.—¡Don Luis, las ratas! ¡Las ratas!

DON LUIS.—¿Qué hay con las ratas?

COMPADRE.—¡Se están comiendo la harina! No van a dejar nada.

TODOS.—¡Qué! ¡No! ¡Imposible!

DON LUIS.—¡Callarse! ¡Explícate!

COMPADRE.—Llegaron a la bodega por cientos, por miles. ¡Se están devorando la harina!

DON LUIS.—¡Todo el mundo, a buscar palos y luego a las bodegas!

*(Salen todos, menos don Luis y Ambrosio).*

DON LUIS.—¡Esto no más nos faltaba!... *(Repara en Ambrosio)*. ¿Y a ti qué te pasa?

AMBROSIO.—¿Pero, no lo está viendo, don Luis?... Si ya hasta por dentro estamos pudriéndonos. ¡Yo no sé por qué seguimos en esto!...

DON LUIS.—¡Cállate! ¡Este no es momento para botarse a filósofo...! Anda a buscar un palo, ¡y a matar ratas!

AMBROSIO.—Sí. Voy, voy... Pero ya ni sé para qué...

*(Salen los dos. Aparecen Onahe y Sebastián).*

SEBASTIÁN.—Onahe, no te vayas a olvidar.

ONAHE.—Onahe no olvida, Sebastián...

SEBASTIÁN.—Detrás del blocao. En la esquina de la ribera.

ONAHE.—Detrás del blocao, en la esquina de la ribera.

SEBASTIÁN.—Yo silbaré tres veces.

ONAHE.—Sebastián silbará tres veces... (*Sebastián abraza a Onahe*).

SEBASTIÁN.—Onahe, Onahe... ¿Cuándo dejarás de hablar de mí como si fuera otra persona?... No digás Sebastián. Di "tú".

ONAHE.—Tú... Sebastián...

SEBASTIÁN.—Yo...

ONAHE.—Tú...

SEBASTIÁN.—Yo... en la esquina del blocao... silbaré tres veces.

ONAHE.—Tú... en la esquina del blocao... silbarás tres veces.

SEBASTIÁN.—Y ahora, corre... Camina apegada a la sombra de la empalizada. Que no te vea nadie.

ONAHE.—Te espero... ¿Vienes?

SEBASTIÁN.—Sí. En seguida. Voy a buscar mis cosas y a dar una disculpa. Así no notarán mi partida hasta mañana... No te olvides: tres silbidos.

ONAHE.—Tres silbidos... Te espero.

*(Se va Onahe. Sebastián da media vuelta para partir hacia otro lado, pero se encuentra de manos a boca con Fray Domingo, que ha salido sigilosamente).*

F. DOMINGO.—¿Qué significa esto, Sebastián?

SEBASTIÁN.—Padre... yo... yo estaba despidiéndome de Onahe...

F. DOMINGO.—Ya lo he visto.

SEBASTIÁN.—Ella... ella vino aquí... Vino a verme...

F. DOMINGO.—Ya lo sé. Hace mucho tiempo que está viniendo.

SEBASTIÁN.—¿Pero, cómo ha podido saberlo usted?

F. DOMINGO.—Eso no te importa. Lo sé, y basta. Pero hay algo más, y vas a decírmelo inmediatamente.

SEBASTIÁN.—Bueno, Padre... Nos vemos todas las noches, pero nada más...

F. DOMINGO.—¿Cómo, “nada más”?

SEBASTIÁN.—Se lo juro, Padre. Nada más. Nos vemos, conversamos. A veces, cuando no podemos seguir la conversación, porque ella no entiende lo que le digo, nos quedamos mudos, uno al lado del otro. Pero nada más.

F. DOMINGO.—Tú sabes muy bien lo que te estoy preguntando. No me importa lo que ha pasado. Eso me importaría en el confesonario, para darte la absolución. Pero aquí me importa otra cosa. Me importa lo que está pasando y lo que va a pasar.

SEBASTIÁN.—¡Padre! ¡Qué quiere que le diga!

F. DOMINGO.—¡Sebastián! ¡Debajo de esta sotana llevo botas y pantalones! ¡Igual que tú! De modo que no vas a engatusarme. Cuando me vine a estas tierras, sabía que no venía a rezar el rosario con cuatro viejas beatas. Y no eres tú quien va a engañarme. Así es que vamos vaciando el saco, que aquí



estoy yo, para recibir la basura que hay dentro.  
(Pausa).

SEBASTIÁN.—Fray Domingo..., yo... yo voy a desertar.

F. DOMINGO (*tranquilo, aparentemente, como aprobando*).—¿A desertar, eh?... ¿Y qué más?

SEBASTIÁN.—A desertar con... con Onahe.

F. DOMINGO.—(*Idem.*).—¡Con Onahe!

SEBASTIÁN.—Y... y nos vamos juntos...

F. DOMINGO (*Idem.*).—¿Se van juntos, eh?... ¿Y no se les ofrecía otra cosa?

SEBASTIÁN.—¡Fray Domingo! ¡No eche esto a la broma, que es muy serio!

F. DOMINGO.—¿Quieres que lo tome en serio? ¡Infeliz!

SEBASTIÁN.—¡Padre, no me haga olvidar que es usted sacerdote!

F. DOMINGO.—Olvídalo. Olvídalo de una vez. ¡Así completarías tu hazaña, desdichado!... Por lo menos sería un pecado mucho menor que el que estás a punto de cometer.

SEBASTIÁN.—¿Y qué pecado tan grande es éste?... ¿Acaso es pecado que uno busque su felicidad? ¿Por qué no van a la capital a decirles a esos grandes duques el pecado que cometen al dejar que nos pudramos en este infierno, que no es para cristianos?

F. DOMINGO.—¡El infierno está en ti, Sebastián! ¡Dios te ha dado una tierra grande y generosa, y si tú no eres capaz de dominarla, de forjarla a tu imagen y semejanza, si no eres capaz de fecundarla y ha-

cer de ella un rincón para felicidad de los hombres, es porque el infierno está en ti! La gloria es de aquellos que ayudan a levantar el mundo. Y el infierno es de los que no piensan más que en llenarse la panza y tener una mujer con quien hacer el amor.

SEBASTIÁN.—¿Y me va usted a decir que el paraíso puede estar aquí, en este Fuerte Bulnes, donde el barro está ahogando a los hombres, donde los niños se mueren de hambre, donde las ratas son dueñas de todo, donde las mujeres se están vendiendo por un plato de comida... ?

F. DOMINGO.—Sí. También aquí está el paraíso. Dios te ha dado este mundo. Un mundo salvaje, arisco, titánico, todo lo que tú quieras. Pero también te ha dado a ti fuerzas de hombre para conquistarlo. Y si no lo conquistas, quiere decir que eres indigno de este mundo.

SEBASTIÁN (*casi suplicante*).—¡Fray Domingo... yo voy a desertar, es cierto! ¡Pero no voy a convertirme en un mequetrefe de salón!... Me voy con Onahe, a la Punta Arenosa... Allá la vida será tan dura como aquí, estoy seguro... Pero, por lo menos, allá estaré luchando por una felicidad segura, en una tierra que me dará frutos seguros, con una mujer a quien yo amo, y que me ama. Nadie tiene derecho a pedirle a uno que sacrifique una felicidad segura, por algo que todavía está en veremos. Ni menos si ese algo está viniéndose al suelo, como Fuerte Bulnes.

F. DOMINGO.—Hablas como un miserable, Sebastián... En un platillo de la balanza pones lo que tú tienes, y en el otro, lo que tú puedes conseguir... ¡Tú, tú, tú, nada más que tú!... ¿Y los otros? ¿No has pensado en los otros? ¿No has pensado en que si tú te vas con Onahe, la hija de Santos Centurión, la prometida del cacique Huisel... Santos Centurión, el temible, el desalmado, el legendario Santos Centurión, se dejará caer con toda su indiada sobre Fuerte Bulnes?

SEBASTIÁN.—Sí, ya lo sé.

F. DOMINGO.—¿Y no has pensado que si Santos Centurión y sus indios se desatan contra nosotros, se acaba el Fuerte Bulnes? ¿No has pensado que si se acaba Fuerte Bulnes, se acaba el dominio de tu patria sobre el estrecho de Magallanes? ¿No has pensado que una vez liquidado el dominio de Chile en el Estrecho, éste quedará libre para que cualquiera nación más poderosa tome posesión de él?...

SEBASTIÁN.—Sí, Padre, sí... Pero, mi felicidad, ¿dónde está entonces?

F. DOMINGO.—Anda a preguntárselo a tus padres y a tus abuelos. Si ellos se hubieran hecho la misma pregunta, no habrían peleado junto a O'Higgins, junto a Carrera, junto a Manuel Rodríguez. Y tu patria seguiría siendo todavía una miserable colonia española.

SEBASTIÁN.—¡Padre, Padre, no me haga discursos!... ¡Contésteme mi pregunta!... ¿Dónde está mi felicidad?

*(Suenan tres campanadas).*

F. DOMINGO.—¡Dios mío!

SEBASTIÁN.—¿Qué es eso?

F. DOMINGO.—¡El hijo de Benamina!

SEBASTIÁN.—Pero, Padre, yo quiero saber...

F. DOMINGO.—Calla, hijo. Ahora tengo que atender a cosas más importantes que tus dudas...

*(Aparece Venancia, viene como sonámbula. Mira largamente a Fray Domingo sin decir palabra. Poco a poco, van apareciendo otros colonos. Entre ellos, Ambrosio, comienza a nevar).*

F. DOMINGO.—¿Qué pasa, Venancia?

VENANCIA.—Se quedó dormido, padre... Si uno lo mira, parece que estuviera durmiendo el pobre angelito... Si hasta parece que estuviera respirando... Y tiene su carita sonriente y rosadita... Parece que se ha mejorado y que está soñando... Padre Domingo, ¿qué estará soñando?

UNA MUJER.—¡Cómo estará esa pobre madre!

VENANCIA.—¿La Benamina?... Parece que va a perder el juicio... Hay que ocuparse de ella... La Benamina va a perder el juicio, Padre Domingo.

F. DOMINGO *(que ha permanecido hasta ahora en actitud de oración)*.—Vayan a ocuparse de ella.

*(Desfilan hacia la casa de Benamina las mujeres,*

*iluminándose el camino con chonchones que proyectan una luz triste sobre el escenario).*

AMBROSIO (*con voz sorda, acercándose a Fray Domingo*).—Se los dije, ¿no? Les dije que éste era un maldito agujero... ¡Cuando pienso en ese pobre niño!... ¡Cuando ya empezaba a caminar! Ahí tiene usted la esperanza... ¡Ese niño era la imagen de la colonia, la imagen de todos nosotros!... ¿De nuevo va a venir usted a hablarme de la esperanza?...

F. DOMINGO (*conteniéndose y haciendo esfuerzos por concentrarse en su oración*).—Cállate, Ambrosio. Ahora no nos queda más que encomendarnos a Dios.

*(Sale Ambrosio bruscamente).*

SEBASTIÁN.—¿Y usted va a decirme que ESTO es la felicidad, Fray Domingo?

*(Aparece Remigio, como extraviado).*

REMIGIO.—Fray Domingo... Fray Domingo... La Benamina...

SEBASTIÁN.—¿Está aquí, Padre?... ¿Está aquí la felicidad?

F. DOMINGO.—Está donde somos capaces de crearla, hijo mío.

SEBASTIÁN.—Pero no aquí, Fray Domingo. No aquí...  
Y yo quiero ser feliz. Adiós, Fray Domingo, adiós.

*(Sale corriendo. Fray Domingo lo sigue hasta el borde del escenario).*

F. DOMINGO.—¡Sebastián! ¡Sebastián!... Hay algo por encima de ti...

REMIGIO.—¡Fray Domingo! ¡La Benamina!... ¡Ayúdela, Padre!

F. DOMINGO.—¡Sí, hijo, ya voy!... ¡Sebastián!...

REMIGIO.—Padre, la Benamina... se va a morir también... Y yo tengo la culpa. Yo tengo la culpa.  
*(Cae derrumbado).*

F. DOMINGO *(yendo hacia él)*.—Sí, hijo. Todos somos culpables... Pero hay algo por encima de nosotros. Hay algo... Si no, todo esto no valdría la pena...

## TELÓN

### ACTO TERCERO

*Lugar público en el Fuerte. Unas mujeres salen gritando aterrorizadas. A poco, aparece Santos Centurión. Gran barullo desde que se levanta el telón.*

MUJER 1ª.—¡Socorro! ¡Nos va a matar!

MUJER 2ª.—¡El demonio! ¡Ha llegado el demonio!

MUJER 3ª.—¡Llegaron los indios! ¡Señor, ten misericordia de nosotros!

MUJER 4ª.—¡Jesús nos favorezca! ¡Esto sí que es acabo de mundo!...

*(Desaparecen todas. Queda sólo Santos Centurión en escena, que ha aparecido con un rebenque en la mano).*

CENTURIÓN.—Salgan... salgan todos de sus guaridas, que ha llegado el cacique Santos Centurión. Y de Santos Centurión naides se ríe. Llamen al Gobernador... Que me oiga de una vez por toas, que pa' eso hey venío, pa' que me oiga... Pa' que sepa es Santos Centurión.

*(Aparece Santos Mardones, y poco a poco, empiezan a aparecer otros colonos, expectantes).*

MARDONES.—¡Santos Centurión!... ¡Cacique Santos Centurión!

CENTURIÓN.—¡Aquí estoy! ¡Qué tanto grito!

MARDONES.—Acércate para verte mejor.

CENTURIÓN.—¡De aquí no me muevo! ¡Canejo!... Quiero hablar con el nuevo Gobernador. Pero parece que se esconde.

MARDONES.—¡Acércate te digo!... *(Santos Centurión se acerca)*. Yo no me escondo de ti ni de nadie... Si hubieras ido al bosque donde yo trabajo, allí me

habrías encontrado... A veces estoy en la iglesia. Si la visitarás más a menudo...

CENTURIÓN.—No tanto palabreo. Don... Tengo cosas que decirle y mostrarle, así es que...

MARDONES.—Habla con respeto y dime lo que quieres.

CENTURIÓN.—Quiero saber algunas cosas... Pero, antes, quiero que Ud. sepa que tengo a mis indios detrás de la empalizada y a una orden mía...

MARDONES.—¡Basta de bravatas, cacique!... (*Pausa*). ¡Con que tú eres Santos Centurión, eh! ¡El famoso cacique Santos Centurión!... Mucho gusto de conocerte... Pero, por ahora, te digo que tu indiada se va a retirar del Fuerte por presentarse en plan belicoso... ¿Olvidas quién eres y dónde estás?

CENTURIÓN.—¡Soy Santos Centurión, el cacique Santos Centurión, nacido en Montevideo, batallador de las pampas y cacique de la Patagonia!

MARDONES.—¡Y yo soy Santos Mardones! El nuevo Gobernador del territorio de Magallanes, del cual tú no eres sino un simple ciudadano.

CENTURIÓN.—¡Así será! ¡Pero yo exijo!...

MARDONES.—¡Tú exiges, eh!... ¿No crees que estás exagerando? Debieras tener un poco de humildad, por no decir de agradecimiento... La colonia te ha dado mucho, según he sabido. Víveres, ropas, amistad, excelentes trueques por tus inmundas pieles de lobos... Y sobre todo, te hemos dado un Dios para tus indios. ¿No estás satisfecho con todo eso?



CENTURIÓN.—¡Todo eso es basura pa'mí!... Me han robado a mi hija, Gobernador; me han robado a mi hija, a Onahe, y alguien... no sé quién... ha matado al cacique Huisel.

MARDONES (*trepidando*).—¿Y qué quieres que yo haga?

CENTURIÓN.—Que ponga remedio al perjuicio... o que me dé alguna satisfacción.

MARDONES.—¿Y qué remedio quieres que ponga, si no sé quién te ha causado el perjuicio? Supongo que será uno de los imbéciles a quienes se les ha ocurrido desertar a la Punta Arenosa. Desde que llegué aquí, no oigo más que lamentos, y las noticias de que los cobardes están desertando. Hasta el curita, Fray Domingo, el hombre que debiera estar aquí para darnos la paz, ha desaparecido, sin que hasta ahora sepamos si anda evangelizando a los indios, o si los indios han dado cuenta de él. ¡Parece que todos en este país se hubieran puesto de acuerdo para no dar más que preocupaciones a sus gobernantes.

CENTURIÓN.—Sí; pero yo exijo una satisfacción.

MARDONES.—En cuanto a darte satisfacción, te diré que no tengo nada que hacer... ¡Anda, busca al que te robó tu hija, al que mató a tu Huisel, y destrípallo, si así se te antoja... que a mí me importan sólo los que están aquí dentro, los que permanecen fieles al mandato de su país.

CENTURIÓN.—¿Y si yo le probara a su merced que no sólo le importan los que están aquí dentro?... ¿Si yo le mostrara a un prisionero que mis indios es-

tán guardando allá afuera, y que es muy capaz de amansar la soberbia de Santos Mardones, del “mano firme” Gobernador, del orgulloso Santos Mardones?

MARDONES.—¡Anda!... ¡Preséntamelo!

*(Pausa. Mardones y Centurión se miran desafiantes. Luego Centurión se dirige a la empalizada).*

CENTURIÓN.—¡Tráigalo!

*(Centurión vuelve al centro del escenario y, a poco, aparecen dos indios conduciendo a Fray Domingo, maniatado. Centurión lanza una mirada triunfante a Mardones. Pausa. Los colonos dan muestras de terror y de ira, a la vez).*

MARDONES *(ronco)*.—¡Así es que ésta era tu carta fuerte, eh!... Pues bien, llévatelo... ¡Haz de él lo que quieras, que se lo coman tus indios, pero déjame en paz la colonia!

LAS MUJERES.—¡No, no!... ¿Qué va a ser de nosotras?... ¡Fray Domingo!... ¡La paz de Dios en esta colonia!... ¿Quién será la bendición de nosotras?...

MARDONES.—¡Silencio!

DON LUIS.—¡Gobernador! ¡Deme la orden y tumbo aquí mismo a este cacique del diablo y sus indios, para que sepan lo que es el respeto!

MARDONES.—¡Silencio, he dicho!... Entiendo que esto

es una declaración de guerra entre tú y tus indios, y yo y mi colonia.

CENTURIÓN.—Sí, su merced... A no ser que Ud. le haga abrir la boca al frailecito y que nos diga dónde está Onahe, quién se la ha robado y quién mató al cacique Huisel... Mis indios encontraron a este curita a la salida del bosque, y él tiene que saber todo eso.

MARDONES.—¿Y por qué no se lo preguntas tú mismo?

CENTURIÓN.—Ya se lo he preguntado. Pero lo único que hizo fue rezar y decir latinazgos... Pero ya me estoy cansando, canejo... Quiero saber dónde se han llevado a Onahe y quién mató a mi amigo Huisel, pa'aquí mesmo sacarle las tripas...

MARDONES.—Fray Domingo... Ya ha oído Ud. la pregunta... ¡Contéstela...! ¡Contéstela...! O entregará la colonia al furor de los indios. (*Pausa*).

F. DOMINGO (*como continuando una oración*).—... et in terra pax hominibus bonae voluntatis!...

MARDONES.—¡Cómo!

CENTURIÓN.—¿No ve, su merced?... ¡Puros rezos y latinazgos!... Pero mientras el curita no largue la pepa, me lo guardo como rehén. (*Las mujeres largan el llanto*). ¡Y mientras tanto, Ud. tendrá que darme unos diez kilos de charqui, tocino, ropa y diez botellas de rhon!...

MARDONES.—¡Fray Domingo! ¡Hable de una vez o lo mando a ajusticiar por delito de lesa patria!

*(Las mujeres aumentan el llanto. Se oyen fuera ruidos y voces confusas. Algunos disparos).*

CENTURIÓN.—¿Qué pasa? ¡Canejo!

MARDONES *(a un colono)*.—¡Tú, anda a ver qué sucede allí fuera!

*(Rumores de los presentes. Centurión se acerca a la empalizada y habla hacia afuera. Disparos).*

CENTURIÓN.—¡Resistan, canejo!... ¡O estamos perdidos!

MARDONES.—¡Pronto, muévanse... o perdemos todos hasta el pellejo!

F. DOMINGO.—... qui, tollis peccata mundi, miserere nobis, suscipe deprecationem nostram...

*(Santos Centurión grita algunas palabras en tehuelche. Le contestan con un griterío. Centurión se muestra alarmado y volviéndose hacia los indios que sujetan a Fray Domingo, les da una orden. Los indios se van corriendo).*

LAS MUJERES.—Señor mío, Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, etc. El pan nuestro de cada día dánosle hoy, etc. Madre de Dios, ruega por nosotros, etc.

MARDONES.—¡Silencio!

*(Aparece un artillero).*

MARDONES.—¿Qué pasa?

ARTILLERO.—¡Teniente de artillería González se presenta! ¡El pelotón de relevo a mi mando, al regresar, encontró a un grupo de indios a las puertas de la empalizada!... ¡Fueron dispersados por la fuerza de las armas, mi coronel!

MARDONES.—¿Qué me dices, Centurión?... ¡Tú que peleaste en las montoneras de don José Miguel Carrera, en las pampas, sabrás que la astucia ganó más de una causa... ¿Cómo pudiste olvidar la guardia de relevo, Santos Centurión?

CENTURIÓN.—¡Oiga, tocayo... no se ponga tan fanfarrón!... De Santos Centurión naides se ríe. ¡Y esto se le hará pesado, recanejo!...

*(Sale Santos Centurión. Todos quedan como petrificados mirando hacia el punto por donde se ha ido, hasta que Santos Mardones rompe el silencio).*

MARDONES.—¡Y ahora, todo el mundo a trabajar, que aquí no estamos para divertirnos...! Ud., Fray Domingo, quédeseme aquí, que tengo algo que decirle.

*(Todos se retiran en medio de animados y nerviosos rumores, menos Santos Mardones y Fray Domingo, que quedan en el centro de la escena).*

F. DOMINGO.—Lamento presentarme de manera tan poco digna y el no haber tenido el agrado de recibirlos a su llegada, señor Gobernador... Abandoné

la colonia por un asunto urgente y en resguardo de nuestra seguridad... Puedo explicarlo todo, pero antes...

MARDONES.—De nuestra seguridad, ¿no? ... ¿Llama Ud. seguridad a esto que acaba de suceder, Fray Domingo? ¿No vio que estuvo a punto de producirse una catástrofe? ... Si no es que la Providencia hace llegar a tiempo a la guardia de relevo, no quiero pensar lo que habría podido ocurrir.

F. DOMINGO.—¡Créame, señor Gobernador! ¡Estaba tratando de evitar eso mismo! Pero no fui afortunado... Sebastián... El sargento Sebastián Ruiz, se enamoró de Onahe, la hija de Santos Centurión... Y en un momento en que las fuerzas ya no le daban para resistir todo esto, se fugó con ella...

MARDONES.—¡DESERTO, Fray Domingo!

F. DOMINGO.—¡Bueno, DESERTO con ella!... Al principio, creí que aquello no era más que una tontería de muchacho, y esperé que volviera... Pero pasaban semanas y Sebastián no volvía... Hasta que, no pudiendo esperar más, partí en su búsqueda.

MARDONES (*irónico*).—¡Muy sensato, Fray Domingo! ¿Y qué pasaría si todos nosotros partiéramos detrás de cada infeliz que se le ocurre desertar?

F. DOMINGO.—¡Es que él era un caso distinto! ¡El era un soldado! ¡Y se fugaba con una india, con la hija de un cacique, prometida a otro cacique!... ¡Además, era un hombre enamorado y, como sacerdote, es mi deber asistir cada vez que el cora-

zón extravía a un hombre!... ¡Yo no podía abandonarlo!

MARDONES.—¿Y puede saberse cuáles han sido los resultados de su “piadosa” incursión, Padre?

F. DOMINGO.—No haga ironía, Gobernador, que mis resultados han sido muy tristes, muy tristes.

MARDONES.—¡Naturalmente!... El pecador no quiso ser redimido y decidió seguir su aventura, sin importarle para nada, ni la salvación de su alma, ni su deber, ni la suerte de la colonia, ni el destino de su patria en el Estrecho de Magallanes.

F. DOMINGO.—Peor que eso, Gobernador... Sebastián, ese ser puro, sencillo, se ha convertido en un criminal... Para poder escapar con Onahe, mató al cacique Huisel, y ahora está hecho una fiera salvaje que se esconde con su hembra en el bosque, dispuesto a matar a cualquiera que se atreva a acercársele. Anoche, cuando lo dejé, antes de que me sorprendieran los indios de Centurión a la salida del bosque, se atrevió a sublevarse contra mí mismo. Y si no es que me escapo tan pronto, yo habría corrido más peligro en sus manos que en las de los indios que me atraparon más tarde.

MARDONES.—¡Muy bonito! ¿Y qué me propone Ud., Fray Domingo?

F. DOMINGO.—Que vayamos en su búsqueda. Que salvemos esa alma, aunque sea por la fuerza. Que lo enviemos a Ancud en el primer barco que salga de aquí... Los otros que han desertado, lo han hecho porque se lo pedía su estómago. ¡Pero Sebas-

tián lo ha hecho por un extravío de su corazón!... ¡Hay que salvarlo, Gobernador! ¡Hay que salvar a Sebastián!

MARDONES.—¡Sebastián... Sebastián! ¡No he oído otro nombre desde que llegué...! ¡No me hable más de ese traidor, Fray Domingo!... Desde que puse el pie en Fuerte Bulnes, estoy tratando de encontrarle una salida a todo esto. He trabajado sin descanso... Despejo caminos, veo el lugar ideal donde se puede trasladar la colonia. Busco la llaga, la lepra que pudre los esfuerzos. La encuentro. Me dispongo a curarla... ¿y qué pasa? Un artillero decide que nos ocupemos de él, y nada más que de él, como si él fuera el protagonista de este drama que estamos viviendo... Mientras tanto, el famoso artillero se rapta a una india, asesina a un cacique y levanta contra nosotros a toda la indiada. ¡Y todo porque al señor se le ha antojado vivir su propia novela sentimental! ¿Y Ud. viene a pedirme que deje todo botado para que me ocupe de ese infeliz? ¿Usted, Fray Domingo, el cura soldado, el héroe con sotana, de quien oí hablar cuando yo estaba allá en Chañarcillo?

F. DOMINGO.—No hay mayor heroísmo que la salvación de un alma, Santos Mardones.

MARDONES.—No hay mayor heroísmo que la salvación de la patria, Fray Domingo.

F. DOMINGO.—Entonces... ¿no hay nada que esperar?

MARDONES.—Nada... Nada, salvo el día en que Dios y la Patria sean una sola idea.



F. DOMINGO.—¡Una sola esperanza, Gobernador!...

MARDONES.—Una sola esperanza... (*Se miran los dos sonrientes y serenos*). ¡Hasta la vista, Fray Domingo!

F. DOMINGO.—Hasta la vista, Gobernador.

(*Desaparecen Santos Mardones, Fray Domingo, pensativo, se aleja y luego se encuentra con don Luis y Benito*).

DON LUIS.—Lo que pasa, Benito, es que tú eres de la primera hornada y por eso te asustas por cualquier cosa.

BENITO.—No, don Luis. Este nuevo peligro de los indios es cosa seria. Peor que todo lo anterior.

DON LUIS.—¡Fray Domingo!... ¡Bienvenido, Fray Domingo!

BENITO.—Bienvenido, Padre.

F. DOMINGO.—Gracias, gracias.

(*Apretones de manos*).

DON LUIS.—¿Y qué le pareció el nuevo Gobernador?

F. DOMINGO.—¡Jesús me favorezca!... ¡Qué hombre, eh!

DON LUIS.—Es enérgico, decidido, valiente... Ahora sí que van a marchar bien las cosas. Me habría gustado que Ud. lo hubiera visto llegar Padre. En el embarcadero, parecía querer penetrarlo todo de una mirada.

BENITO.—Y a propósito, ¿dónde andaba perdido Ud., Fray Domingo?

DON LUIS.—Sí, pues. Muy misteriosa fue su salida. Apostaría que anduvo detrás de Sebastián.

F. DOMINGO.—Ya les contaré eso algún día. Por ahora, háblenme de la colonia. ¿Qué ha sido de ella durante mi ausencia?

DON LUIS.—Aparte de la llegada del Gobernador Mardones y de la inquietud por su ausencia, nada nuevo.

F. DOMINGO.—Sí, pero ¿qué se propone el nuevo Gobernador?

DON LUIS.—No oculta sus propósitos de trasladar la colonia a la Punta Arenosa. Pero como no está autorizado para fundar una nueva ciudad, debe esperar una orden de no sé qué Ministerio. Mientras tanto, el desaliento está cundiendo entre los nuestros. Tenemos deserciones todos los días.

BENITO.—¡Esos ministerios! Viven enredados en papeles. ¿Por qué?, no se darán cuenta de que si nos vamos a la Punta Arenosa, allá vamos a hacernos ricos con las minas de carbón.

DON LUIS (*despectivo*).—¡Minas de carbón!...

BENITO.—¡Claro que hay minas de carbón!

DON LUIS.—¿Y no esperas encontrar minas de oro, también?... Claro que sería un oro negro, porque debe estar medio tizado con el carbón de encima.

F. DOMINGO.—¿Y qué le hace desesperar de encontrar oro negro, don Luis?... La Divina Providencia es muy generosa con los hombres, y puede que algún

día nos regale una nueva riqueza... Un oro negro, por ejemplo.

*(Los tres se ríen bonachonamente).*

DON LUIS.—¡Este Fray Domingo! ¡Siempre tan bromista!

*(Siguen riéndose, pero sus risas se apagan al ver aparecer a Benamina, que pasa por el lado de ellos sin mirarlos. Ya no es la mujer animosa del primer acto. Camina semicurvada, llevando sus brazos como si cargara un niño en ellos).*

F. DOMINGO.—Buenas tarde, Benamina.

*(Ella no contesta, se detiene, lo mira hacia atrás, por encima del hombro y luego continúa su camino en silencio, desapareciendo por el lado opuesto).*

F. DOMINGO.—¿Qué le pasa?

DON LUIS.—¡Pobre mujer! Desde que se le murió el niño, parece que ha perdido la razón. No habla con nadie, no saluda ni parece reconocer a nadie tampoco.

BENITO.—Parece que el frío de esta tierra se le ha metido como idea fija en la cabeza. Cree que su niño tiene frío debajo de la nieve, y donde puede anda haciendo fogatas. Remigio la ha encontrado varias veces haciendo fuego en los lugares más raros.

(*Aparece Ambrosio y se queda escuchando apartado y con aire sombrío la conversación*).

F. DOMINGO.—¡Dios tenga piedad de ella!

DON LUIS.—Y de nosotros, Fray Domingo. ¿Se imagina que algún día se le ocurra a Benamina hacer fuego donde no debe, en los polvorines, por ejemplo, o que simplemente nos haga arder todo el caserío?

BENITO.—Eso sería la solución de todo. Ahí sí que no teníamos que esperar más los papeleos de los ministerios. Se acababan de un viaje las inquietudes por las rondas cada vez más frecuentes de los indios, y el temor a la sublevación de los nuevos colonos. Fuerte Bulnes ardiendo, y nosotros en la Punta Arenosa... ¡Eso lo arreglaría todo!

DON LUIS.—Sí, pero... ¿quién va a meterle fuego?

F. DOMINGO.—Recuerdo que una vez, en mi pueblo...  
(*Se detiene pensativo. Pausa*).

DON LUIS.—¿Cómo lo hicieron?

F. DOMINGO.—¿Qué cosa?... No he dicho nada.

BENITO.—¡Pero es seguro que pasó algo gordo!

F. DOMINGO.—No... No creas... Fue... fue un incendio, nada más. Pero se quemó todo.

DON LUIS.—¡Fray Domingo!... ¿Qué está Ud. insinuando?

F. DOMINGO.—¿Insinuando? ¿Yo?... Recordaba, solamente...

DON LUIS.—Fray Domingo...

F. DOMINGO.—¿No creen que éste no es un sitio muy

cómodo para darle gusto a la lengua? Vamos a tomar algo caliente.

*(Se encaminan hacia la salida. Ambrosio los sigue de lejos hasta medio camino, con aire de estar embargado por una idea. Los mira desaparecer).*

F. DOMINGO.—¿Así es que los nuevos colonos se han puesto belicosos y los indios amenazadores?

DON LUIS.—Eso no tiene nada de raro. Los indios pensarán que a lo mejor nosotros tenemos a Onahe escondida aquí en el Fuerte y Ud. comprenderá que...

*(Desaparecen. Ambrosio se queda un segundo pensativo y luego desaparece por el lado contrario. Aparece Benamina. Primero deambula en silencio y luego arrodillándose, acaricia la tierra y habla muy dulcemente).*

BENAMINA.—¡Qué fría está esta cuna!... Yo te la calentaré... ¡Y qué sábanas tan grandes tiene!... ¿para qué habrán hecho una cama tan grande para un angelito tan chico? *(Ha amontonado unas astillas que traía escondidas y ha encendido una pequeña fogata).* ¡Así... así...! ¡Ahora sí que se le va a pasar el frío a mi niño! *(Cantando):*

Duérmete, mi niño  
duérmete, mi amor,

por los capachitos  
de San Juan de Dios.

No te quieres quedar dormido, ¿ah? ... ¿Quieres jugar? ... Pero a mí ya no me dejan jugar contigo ... No sé. A lo mejor, ya estoy muy vieja ... Oye ... ¿quieres que te cuente un secreto? ... Pero no se lo vayas a decir a nadie ... Fíjate que para celebrar la Pascua, el nuevo Gobernador trajo unas cosas que echan chispas ... Y yo me robé una ... Aquí está. ¿Ves? ... Mira que bonito ... Fíjate, así se hace. (*Enciende uno de esos fuegos artificiales que lanzan estrellitas*). ¿Te gusta? ¿Te gusta? ¿Te gusta? ... (*Se ríe dramáticamente y poco a poco su risa se va convirtiendo en llanto, lo cual dura tanto como la luz del fuego artificial. Aparece Ambrosio en segundo plano*). ¡Se acabó! ¡Qué pena! ... Mañana voy a traerte otro ... Ahora tienes que portarte bien y quedarte dormido. Y no vayas a hacerte pipí en la cama ... ¡Ay, no me tires el pelo! ... Malo. Eso no se hace con la mamita ... Ya, pues, duérmete de una vez, mi amor ... (*Cantando*):

Duérmete, mi niño  
que viene la vaca  
a comerse el ...

(*La voz se le ahoga con el llanto*). ¿No ves? Me haces llorar por la porfía de no querer quedarte dormido ... Mañana vamos a hacer una cosa bien lin-

da. Vamos a traer a todos los ratones de la colonia y los vamos a quemar aquí... Y vas a ver que calientita va a estar la tierra... calientita... calientita... ¿No es cierto, mi hijito precioso?... ¡Dios lo guarde, el juego bonito que va a tener mi niño!

*(Ambrosio se acerca a Benamina).*

AMBROSIO.—Benamina.

BENAMINA.—¿Ah?

AMBROSIO.—Benamina, yo... yo tengo un juego más bonito para su niño.

BENAMINA.—Nosotros no queremos jugar con usted.

AMBROSIO.—Jugarán ustedes solos... Mire. En la casa que está al lado del blocao, hay unos cohetes y unas estrellitas más lindas que las que Ud. le prendió a su niño.

BENAMINA.—Pero yo no puedo entrar allá.

AMBROSIO.—Sí. Puede. Aquí está la llave... Vaya, vaya. Verá qué contento va a estar su niño.

BENAMINA.—¿Contento?

AMBROSIO.—Sí. Vaya... Pero que no la vea nadie...

BENAMINA.—Sí... sí... Va a estar muy contento...

*(Se va Benamina por el fondo. Ambrosio la mira desaparecer. Luego le asalta el remordimiento).*

AMBROSIO.—¡No!... ¡Benamina! ¡Benamina!

*(Sale corriendo. La escena permanece sola un ins-*

*tante. Luego se oyen unas detonaciones. Entran en escena los colonos, muy agitados. Aparecen Venancia, Benito, don Luis, Ignacia y Fray Domingo).*

VENANCIA.—¿Qué pasa?

BENITO.—¡Parece que fue el polvorín!

DON LUIS.—¿Se te ocurre?... Si fuera el polvorín ya habríamos volado todos.

IGNACIA.—¡Venancia! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

*(Aparece Carmela y otros colonos).*

CARMELA.—¡Socorro! ¡Incendio! ¡El Fuerte Bulnes se está incendiando! ¡Socorro! ¡Auxilio!... ¡Yo no quiero morir lejos de mi casa!... ¡Yo no quiero morir lejos de mi casa!... ¡Yo no quiero morir!

*(Cae en tierra, llorando. Entran nuevos grupos de colonos).*

F. DOMINGO.—¡Qué es eso, Carmela!...

CARMELA.—¡Fray Domingo, yo no quiero morirme!  
*(Solloza en forma histérica).*

*(Entra el colono segundo seguido de otros colonos).*

COLONO 2º.—¡Está quemándose el depósito!

TODOS.—¿Qué? ¡El depósito! ¡No puede ser! ¡Socorro!  
¡Auxilio!

DON LUIS.—¡Silencio!



F. DOMINGO.—Callarse.

COLONO 2º.—¡El fuego ha pasado a las barracas vecinas!  
¡Si llega al polvorín, estamos perdidos!

TODOS.—¡No! ¡Jesús me favorezca! ¡Dios te salve, María...! ¡Hay que hacer algo!, etc.

*(Aparece Santos Mardones).*

MARDONES.—¡Calma, calma! ¡No perdamos la cabeza!  
¡Todos los hombres, a llenar baldes de agua! ¡Toquen a rebato!

UN COLONO.—¿Y de dónde vamos a sacar agua?

TODOS.—Sí, sí... ¿De dónde? ... No hay... ¡El río está casi seco!..., etc.

MARDONES.—Con tierra, entonces, con lo que sea. Hay que apagar el incendio.

*(Salen los hombres. Se oye la campana tocando a rebato).*

MARDONES.—¡Teniente González!

VOZ DENTRO.—¡A su orden, mi coronel!

MARDONES.—¡Ponga a sus hombres a dominar el fuego, y el pelotón de relevo que guarde la entrada del Fuerte!

VOZ.—¡A su orden! ¡Artilleros, adelante!

*(Atraviesa el escenario un grupo de artilleros).*

MARDONES.—¡Esto era lo único que nos faltaba! ¿Cómo pudo ocurrir esto, don Luis?

DON LUIS.—No sé, Gobernador. Yo estaba conversando con Benito y Fray Domingo, cuando sentimos el estallido.

F. DOMINGO (*acercándose*).—Pero, ¿qué pasó, Gobernador?

MARDONES.—¡Yo qué sé, Fray Domingo! ¡Alguien tiene que haberme robado las llaves del depósito!

DON LUIS.—¡Con tal que no se levante viento! ¡Llegaría el fuego hasta el polvorín!

MARDONES.—¡Hay que evitarlo a toda costa! ¡No importa que todo lo demás se queme, pero el polvorín no debe estallar!

(*Entra Remigio*).

REMIGIO.—¡Benamina!... ¡Benamina!

F. DOMINGO.—¿Qué pasa, Remigio?

REMIGIO.—¡Padre, la Benamina no está por ninguna parte!... ¡Tengo miedo que esté en el depósito!... ¡Tiene que haber sido ella!

F. DOMINGO.—¡Vamos a ver!

(*Salen Fray Domingo, don Luis y Remigio*).

MARDONES.—¡Tú, reúne un grupo de colonos y corran a salvar las pieles! ¡Sáquenlas todas a campo libre!

COLONO.—¡Voy!... ¡Ustedes, vengan conmigo!

(*Entra un grupo de colonos nuevos*).

MARDONES.—¿Y ustedes, qué hacen aquí? ¿Creen que porque son colonos nuevos, se van a cruzar de brazos?

UNA COLONA.—¡Esto nos pasa por creer en promesas! ¿Por qué no nos entrega de una vez a los indios? ...

OTROS COLONOS.—¡El incendio lo provocó Ud. mismo para tenernos más amarrados!

MARDONES.—¡Callarse!

OTRO COLONO.—¡Usted está de acuerdo con los indios!

MARDONES.—¡Callarse, digo! ¡Y sepan que al primero que se insubordine lo hago fusilar, para enseñarle a ser hombre! ¡Aquí, hasta las mujeres van a tener que ponerse los pantalones! ¡Retirarse!

*(Se va el grupo de colonos. Entra Remigio con Benamina en los brazos y, junto a él, Fray Domingo).*

F. DOMINGO.—Por aquí, Remigio, por aquí... Cuidado, no la vayas a golpear... Llévatela para ese lado...

*(Se va Remigio con Benamina).*

MARDONES.—¿Qué pasó, Fray Domingo? ¿Está...?

F. DOMINGO.—No. Está solamente herida. Voy a ocuparme de ella.

*(Se va Fray Domingo. Aparece don Luis, seguido por tres colonos que transportan el cuerpo de Ambrosio. Los siguen algunas colonas gimiendo).*

DON LUIS.—En el depósito encontramos a Ambrosio, Gobernador.

MARDONES.—¡Entonces, fue él quien...!

DON LUIS.—Gobernador, ya no es tiempo de decir nada sobre Ambrosio. Está muerto.

MARDONES (*después de una lucha interior*).—Haga Ud. lo que le parezca, don Luis. Yo voy a ocuparme de cosas más urgentes. (*Se va*).

DON LUIS.—Llévenlo a lugar seguro.

*(Se retiran los que llevan a Ambrosio, seguidos siempre por las mujeres. Don Luis se dirige a algunos colonos presentes).*

DON LUIS.—¡Ustedes, acérquense para acá!

COLONO 1º—Ordene, don Luis.

DON LUIS.—Voy a proponerles un trato de hombres...

El sacrificio de Ambrosio no puede ser en vano...

Nos preocuparemos de que el fuego no llegue al polvorín, pero nada más, ¿entendido?

COLONO 2º—¿Y qué será del Fuerte?

DON LUIS.—El Fuerte, ya cumplió su misión... Con que, ¿de acuerdo?

TODOS.—De acuerdo.

DON LUIS.—Todos a trabajar para que así sea... Sólo hay que salvar el polvorín, las carretas, los animales y los útiles de labranza, ¿no es así?

TODOS.—Sí.

DON LUIS.—Andando, entonces.

*(Se dispersan y desaparecen todos. Otros colonos cruzan afanosamente la escena, pero los detiene una carcajada que se oye dentro. Entran nuevos colonos y, luego, Santos Centurión, riéndose estrepitosamente, aparece Santos Mardones).*

MARDONES.—¿Por qué tanta risa, Centurión?

CENTURIÓN.—¡Esto es lo que yo quería ver! ¡Mis amigos en dificultades!

MARDONES.—¡Centurión! ¿A qué has vuelto?

CENTURIÓN.—¡Ya lo tengo, Gobernador! ¡Ya tengo al artillero que mató a Huisel y me robó o Onahe! ¡Es un tal Sebastián!

MARDONES.—¿Y a mí qué me importa, Centurión?

CENTURIÓN.—¡Algo le importará a su mercé... porque si no me da todas las pieles, los animales y los enseres de la colonia, destripo aquí mismo a ese miserable! ¡A la vista de todos!

LAS MUJERES.—¡Ay!

MARDONES.—Destrípalo si así se te antoja. No tengo tiempo para entrar en tratos contigo.

CENTURIÓN.—Es que si no me da ese rescate, no sólo mataré a ese artillero. La indiada que está allí fuera entrará aquí y no dejará ni un solo colono vivo... ¡Ahora no hay relevo que valga, Santos Mardones! ¡Y las armas se están quemando!

MARDONES.—¡Cobarde! ¡Eres un cobarde! ¡No eres digno de llevar pantalones!

CENTURIÓN.—¡Y para que veas que es cierto, la matanza va a comenzar contigo!

(*Saca un cuchillo y trata de lanzarse sobre Mardones. Una cortina humana se interpone entre ambos*).

TODOS.—¡No!... ¡Cuidado!... ¡Asesino!... ¡Auxilio!, etc.

MARDONES.—¡Quietos!... ¡Colonos, déjenme solo con el cacique Santos Centurión!... ¿No han oído la orden?... ¡Vayan a ocuparse del incendio, que tengo que hablar con Santos Centurión!...

(*Se retiran todos, inquietos y a regañadientes*).

MARDONES.—¿Y?... ¡Aquí estamos, Santos Centurión! ¡Tú y yo! ¡Los dos solos...! ¿Por qué no me des-tripas?

CENTURIÓN (*sin deponer el cuchillo*).—Si es tan hombre como se cree, peliemos como hombre... El que gane, le dará órdenes al que pierda.

MARDONES.—No tengo armas, Centurión. Tampoco hay quién me defienda. Puedes matarme, si quieres. Y luego a todos los pobladores. El incendio avanza. Tal vez no quedará nada de Fuerte Bulnes. Ni hombres, ni casas, ni rastros... Pero no será porque el polvorín ha estallado, ni el fuego lo ha consumido todo... Será porque el soldado Santos Centurión ahogó en sangre este retoño de Chile... ¡Qué hazaña soldado!... La historia recordará siempre esta noche como la noche de Santos Centurión... ¿Qué te detiene? Aquí estoy. ¡Mátame!

¡Mátame de una vez! ¡Mátame soldado Santos Centurión!

CENTURIÓN.—¡Gobernador! ¡No quiero que me llame soldado!

MARDONES.—¿Y cómo te he de llamar, entonces?... Soldado fui cuando peleé en Maipú y en Cancha Rayada. Soldado fui cuando luché contra los ingleses en la invasión de Buenos Aires, y en las campañas del Alto Perú. Y soldado fui cuando estuve en el ejército del general Belgrano. Y tenía bajo mis órdenes a otro soldado, que se llamaba Santos Centurión... ¿Cómo he de llamar a ese soldado ahora, sino con el nombre que entonces lo unió a mí en aquellas luchas? ¿Cómo he de llamarlo?

CENTURIÓN.—Entonces, Ud. es... Ud. es... el mismo...

MARDONES.—Sí. Yo soy... Y aquí me tienes, esperando tu cuchillada...

*(Centurión arroja el cuchillo y se acerca a Mardones con la mano estirada).*

CENTURIÓN.—¡Esta es mi mano, Gobernador!... ¡Los hombres valientes, como Ud., me cortan el resuello!

MARDONES *(sin darle la mano)*.—Cuando hayas demostrado ser un hombre de bien, cuando tus actos sean dignos de figurar en la historia del Fuerte Bulnes, tendré mucho gusto en estrechar tu mano.

CENTURIÓN.—No soy más que un soldado a las órdenes de su merced...

*(Entran Fray Domingo y dos colonos corriendo).*

F. DOMINGO.—¡Gobernador! ¡Gobernador!

MARDONES.—¡Qué pasa!

F. DOMINGO.—¡Se está levantando viento!

UN COLONO.—Si no tenemos refuerzos, el fuego llegará al polvorín.

CENTURIÓN.—¡Y qué hacen esos indios ociosos que no vienen a ayudar! *(Se encamina hacia el fondo y desaparece gritando)*. ¡A trabajar, canejo!... ¡Y cuidado con tocar nada, porque les abro las tripas de una cuchillada! ¿Qué se han creído? ¿Qué están de visita en un país extranjero? ¡A trabajar! ¡A trabajar!

*(Los dos colonos se retiran corriendo. Mardones mira con aire triunfante el punto por donde ha desaparecido Santos Centurión, y luego abandona la escena rápidamente. Ruido de viento. Se apagan todas las luces).*



## EPILOGO

*Al encenderse las luces, nuevamente se ve, entre escombros, a los colonos, salvo Benamina y Remigio, reunidos en torno a Santos Mardones, que está en una eminencia del terreno.*

MARDONES.—¡Colonos! ¡Artilleros! ¡Chilenos!... El destino nos ha puesto a prueba... Fuerte Bulnes, este Fuerte que hemos detestado, pero al cual también hemos amado... Sí, lo hemos amado, puesto que si así no fuera, no habríamos resistido tanto por él... Nuestro Fuerte Bulnes, digo, no es ahora más que un montón de escombros... Fuerte Bulnes ha entrado en el reino de la historia, de la leyenda... Pero nosotros estamos frente a un peligro, a un grave peligro: al peligro de que algún día llegue a decirse que hemos sido un fracaso... en nuestras manos y en nuestros corazones está el que eso no llegue a decirse... ¿estáis dispuestos a impedirlo?

TODOS.—Sí.

MARDONES.—Pues entonces, tened presente lo que os voy a decir: el esfuerzo de los hombres siempre encuentra un lugar para rendir sus frutos... Nos iremos a la Punta Arenosa, que desde hoy se llamará Punta Arenas, y allí haremos madurar los frutos que aquí se nos han marchitado... Las acciones que el hombre emprende, no valen por los oropeles del éxito, sino por los caminos que ellas logran abrir. Fuerte Bulnes ha abierto un camino: el camino de Chile en estas latitudes... No habremos sido un buen fin, pero hemos sido un buen eslabón. Y eso es lo importante.

TODOS.—¡Viva el Fuerte Bulnes!

MARDONES.—Sí... ¡Perdido, olvidado y tal vez muerto, para siempre! ¡Viva el Fuerte Bulnes, porque su historia enseñará a los chilenos que este país será feliz el día en que cada cual entregue, a la postre más de lo que ha recibido!... Nuestra entrega será el dominio de Magallanes y el baluarte de Punta Arenas... ¿Lo haremos, colonos? ¿Lo haremos?

TODOS.—Sí. Lo haremos.

MARDONES.—Pues bien, las carretas que nos llevarán a la nueva morada estarán prontas, dentro de un momento. Retírense todos al lugar de sus antiguas viviendas, para recoger lo que aún les queda... Cuando suene la señal de la partida, pasen a ocupar sus lugares en los carros. La señal será el segundo toque de la corneta.

*(Los colonos salen en orden y lentamente por diversos lados. Quedan don Luis y Mardones).*

MARDONES.—¡Don Luis!

DON LUIS.—¿Señor Gobernador?

MARDONES.—Quiero que me diga qué fue de Ambrosio.

DON LUIS.—Ya le dimos cristiana sepultura. El también supo ser, a su manera, un buen eslabón.

MARDONES.—¿Y Benamina?

DON LUIS.—Ya está instalada en una de las carretas. La está cuidando don Remigio... ¿Hay algo más, Gobernador?

MARDONES.—Sí, don Luis... Quisiera preguntarle... preguntarle... por qué una vez descartado el peligro de una explosión, Ud. y la mayoría de los colonos se cruzaron de brazos.

DON LUIS.—El día en que Punta Arenas esté en pie, creo que podré darle la respuesta, Gobernador.

MARDONES.—¡Ya está dada, don Luis!

DON LUIS.—Entonces... con su permiso.

*(Se va don Luis. Santos Mardones lo mira alejarse, sonriendo. Aparece Sebastián, harapiento, cansado y con la barba crecida).*

SEBASTIÁN.—Sargento Sebastián Ruiz se presenta, mi coronel.

MARDONES.—¡Lo esperaba, sargento!

SEBASTIÁN.—Sé que he cometido un delito muy grave,

y pido que se me aplique el castigo más severo, mi coronel.

MARDONES.—¿Sabe, sargento, que su posición es muy cómoda? ... Ud. se rapta a una india, mata a un cacique y se declara en rebeldía. Y sólo después que el padre de la india ha recobrado a su hija y lo ha devuelto a Ud. a nuestras manos, viene Ud. a pedir un castigo.

SEBASTIÁN.—No entiendo lo que me dice, mi coronel. Lo único que sé, es que sufro porque perdí a Onahe, y no quisiera sufrir por haber perdido mi patria. Pido un castigo.

MARDONES.—Pues bien, llega Ud. muy a tiempo, sargento... Es necesario que un hombre se quede solo, guardando los escombros del Fuerte Bulnes. Ese hombre será Ud., sargento... Le dejaremos provisiones para subsistir hasta que merezca ser relevado. Usted se quedará aquí para dar fe con su presencia y su vida, de que esto sigue siendo un territorio chileno.

SEBASTIÁN.—A su orden, mi coronel.

*(Aparece Fray Domingo con un bulto en las manos, es un crucifijo envuelto).*

F. DOMINGO.—¡Ah! ¡Al fin te encuentro, Sebastián! Quería pedirte que te vinieras en la misma carreta que yo para...

SEBASTIÁN.—Perdón, Padre, pero yo no me voy con ustedes. Me quedo aquí.

F. DOMINGO.—¿Cómo? ... Gobernador, ¿es ... es este el castigo que Ud.? ...

MARDONES.—Sí, Padre.

F. DOMINGO.—¿Y no es demasiado duro?

MARDONES.—Tal vez. Pero él fue un desertor.

F. DOMINGO.—¡Gobernador! Errare humanum est!

MARDONES.—Yo no sé latín, pero sé chileno, Padre. Y el que la hizo, la deshizo ... Y por último, no hay por qué ponerse tan triste. Sebastián tendrá como castigo el mejor destino a que podía aspirar cualquiera de nosotros: servir de prueba de que esta tierra, es nuestra tierra.

F. DOMINGO.—Sí ... sí ... claro ... Hasta a mí me habría gustado hacerlo. Pero ya ven: estoy tan cansado, que apenas me alcanzan las fuerzas para sostener este precioso bulto.

MARDONES.—Padre ... permítame que le ayude.

F. DOMINGO.—Gracias, Gobernador. Pero, ya que Dios ha de viajar en carreta, al menos que lo haga en manos de su más humilde siervo.

*(Suena un toque de corneta).*

MARDONES.—Ha llegado el momento ... *(Pausa)*. Sargento Ruiz, ya sabe Ud. su obligación.

SEBASTIÁN.—Sí, mi coronel.

*(Mardones hace intento de despedirse de Sebastián con un emocionado abrazo, pero se retiene y hace un saludo militar que es contestado por el muchacho. San-*

tos Mardones se retira rápidamente por el fondo. Se escucha el segundo toque de corneta. Comienzan a salir los colonos. Al pasar junto a Sebastián le dirigen respetuosos saludos o le palmotean el hombro serena, triste y afectuosamente. Cuando todos han salido, quedando en escena sólo Sebastián y Fray Domingo, se oye dentro el "Himno a la Bandera", cantado por los colonos. Los dos presentes se miran. Sebastián se arrodilla. Fray Domingo le da la bendición con el crucifijo envuelto y luego se va. Sebastián se encamina hacia el fondo del escenario y, de espalda al público, hace señales de adiós a los que van partiendo. Aparece Onahe, se sientan en el suelo, en actitud de contemplación y espera. Al fondo, violento atardecer magallánico, mientras se oye, alejándose, el canto de los colonos).

FIN